FUTBOL: MITO Y REALIDAD

Franklin Morales

nuestra tierra 22

nuestra tierra 22

EDITORES:
DANIEL ALJANATI
MARIO BENEDETTO
HORACIO DE MARSILIO

ASESOR GENERAL:
Dr. RODOLFO V. TÁLICE

ASESOR EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS:
Prof. DANIEL VIDART

ASESOR EN CIENCIAS BIOLÓGICAS:
Dr. RODOLFO V. TÁLICE

ASESOR EN CIENCIAS ECONÓMICAS:
Dr. JOSÉ CLAUDIO WILLIMAN h.

ASESOR EN CIENCIAS GEOGRÁFICAS:
Prof. GERMÁN WETTSTEIN

ASESOR EN CIENCIAS SOCIALES Y POLÍTICAS:
Prof. MARIO SAMBARINO

SECRETARIO DE REDACCIÓN:
JULIO ROSSIELLO

SECRETARIO GRÁFICO:
HORACIO AÑÓN

DEPARTAMENTO DE FOTOGRAFÍA:
AMÍLCAR M. PERSICHETTI

Distribuidor general: ALBE Soc. Com., Cerrito 566, esc. 2, tel. 8 56 92, Montevideo. Distribuidor para el interior, quioscos y venta callejera: Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Ciudadela 1424, tel. 8 51 55, Montevideo.

LAS OPINIONES DE LOS AUTORES NO SON NECESARIAMENTE COMPARTIDAS POR LOS EDITORES Y LOS ASESORES.

FUTBOL: MITO Y REALIDAD

Franklin Morales



FRANKLIN MORALES nació en Durazno en 1933. Hacia 1964 comenzó a colaborar en el diario ÉPOCA en el tratamiento de los grandes temas del fútbol, lo que abandonó momentáneamente para realizar el Curso de Entrenadores de Fútbol organizado por la Comisión Nacional de Educación Física. Trabajó en el diario HECHOS desde su aparición, y lo hace actualmente en LA MAÑANA. En 1967 publicó un libro con reportajes publicados en HECHOS donde explora con sentido antropológico —una de sus preocupaciones fundamentales— al futbolista y al ex-futbolista. El mismo año publicó en GACETA DE LA UNIVERSIDAD un extenso estudio sobre la situación del fútbol profesional, el primero en su género, adquirido por la propia Asociación Uruguaya de Football. Ha escrito el fascículo de CAPITULO ORIENTAL "Fútbol y Literatura" y el de ENCICLOPEDIA URUGUAYA "La garra celeste". Tiene a su cargo la dirección de la colección "Cien años de fútbol", primera historia del fútbol del país. Numerosos reportajes y notas suyas han sido reproducidas en el exterior.

INTRODUCCION

El fútbol y todos los deportes modernos se consolidaron ante la necesidad de proveer mano de obra fuerte en un momento histórico en que la máquina arrojaba productos y cadáveres de hombres depauperados por siglos de absoluto abandono físico. Hoy sus cultores responden a un tipo social surgido de los sectores marginales urbanos de la civilización industrial: también hay una "geografía del fútbol".

EL FUTBOL: NACIMIENTO, DESARROLLO, ¿MUERTE?

Aun a riesgo de una obligada brevedad que implica la certeza de no poder fundamentar como quisiéramos algunas ideas que sobre el fenómeno del fútbol venimos madurando, parece necesario trazar las líneas dentro de las que pensamos nació, se desarrolló y ¿muere?

Comencemos por ubicar su nacimiento y desarrollo en la sociedad industrial urbana de la que formamos parte.

El siglo XVI constituyó la edad de oro del comercio, aunque el término comercio deba interpretarse también como piratería, saqueo, conquista, explotación y tráfico de carne humana negra en manos del blanco europeo. El salto de la navegación, de su tradicional confinamiento en el Báltico y Mediterráneo a vastos mundos desconocidos, generaría una gigantesca acumulación de riqueza: la revolución comercial acunó la industrial.

Aquella ascendente burguesía, que tenía propiedades y quería privilegios, denunciaba la decadente sociedad que obraba sobre su expansión como un chaleco de fuerza de cuyas presillas tiraban afanosamente clérigos y nobles. En el continente los dos mil artículos del Código Napoleón consagrarían legalmente la mutación del privilegio de nacimiento por el privilegio de propiedad. Tales cambios sepultaban una estructura e iniciaban otra era histórica fundada en el libre cambio de mercaderías: había nacido el capitalismo.

Dentro de él, como parte de su estructura e inicialmente en razón de sus necesidades de funcionamiento, se insertaría la educación física y su rama más popular: el deporte.

Pero en Inglaterra el período revolucionario 1640-88 alió nobleza y burguesía una vez que se reconoció a ésta el derecho a formar parte del gobierno. Fruto de situaciones particulares vividas

en las islas, se adelantaría decididamente a la sangrienta imposición burguesa ocurrida en Francia recién en 1789. No fue entonces casual que precisamente Inglaterra fuera el país que asumiera la condición de primer país capitalista. Tampoco lo sería que, simultáneamente, fuese el centro de creación o desarrollo organizado de la mayor parte de las formas deportivas modernas.

Se necesitaba algo más que el capital acumulado por los galeones para echar a andar las gigantescas posibilidades entrevistas al descubrirse la aplicación del vapor: se necesitaba una enorme fuerza de trabajo vigorosa, sana, activa, competente.

La condena de la iglesia al ejercicio pesó por siglos y el hombre europeo vivió constreñido al abandono físico más absoluto. "Durante siglos los pueblos continentales trataron en lo posible de suponer que el hombre carecía de cuerpo. Y como una de las buenas cualidades de éste consiste en que cuando está sano parece ausente, no se le nota, se diría que no existe, el hombre moderno llegó a no tenerlo en cuenta más que cuando sentía dolor. Para facilitar el escamoteo de nuestra corporeidad, se le tapó. En el siglo XVIII se cubre hasta el cabello con una peluca. El hombre-cuerpo quedó reducido a una carita que emergía de las chorreras y unas manecitas brotando de puños de encaje: algo angelical", diría tiempo después Herbert Spencer. "El hombre sólo espíritu" idealizado por Descartes salía convertido en cadáver junto a la mercadería que producía.

Fortalecerlo, redimensionarlo a las necesidades de la hora era la exigencia del nuevo sistema en pleno desarrollo. El hombre tenía que ser capaz de cumplir su papel en las leyes del juego económico: capaz de producir y capaz de consumir. Inicialmente, capaz de permanecer catorce, dieciocho horas parado. Es "la nación de animales robustos, primera condición de la prosperidad nacional" como luego sintetizaría el mismo Spencer.



El hombre del siglo XVIII. Una cara pálida que surge de las chorreras.

En esa disyuntiva histórica la burguesía inglesa arremetió contra el nuevo obstáculo, en dos direc-

ciones. Inauguró por un lado el comercio de nativos africanos de piel negra. Por otro, extrajo juegos populares grotescos y divertidos, que pervivían como recreación para días de fiesta en la entraña popular, reglamentando y sistematizando su práctica como medio de fortalecer aquella fuerza de trabajo: en la guerra de la competencia se aseguraba el músculo apto de los jornaleros. Mientras España, nuestro colonizador, producía barones y marqueses, obispos y mendigos, en las islas, Canning proclamaba "una edad de economistas y calculadores". Allí la pelota de fútbol daría sus primeros piques y se meterían los primeros goles.

La maldición de España, como la de otras civilizaciones, fue recoger la riqueza de este continente por interpósita persona: el indio mitayo esclavizado en las minas. La cultura física no podía venir de allí ni de Portugal que tropezaron primero con estas tierras porque su concepción cultural era la del mundo del Lazarillo de Tormes. La misma que Puiggros ilustra a la perfección cuando cita una demanda por infamia planteada por un español residente en Buenos Aires, ante la Audiencia de Charcas: "Han dicho que trabajo".

Así como el primer traficante de esclavos, John Hawkins, fue inglés, fueron ingleses también los primeros magníficos protagonistas de fútbol, de rugby, de beisbol, de "curling", de bochas, de "hand-ball", de "squash racquet", de waterpolo, de golf, de polo, de remo, de navegación a vela, de natación, de atletismo, de boxeo, de "badminton", de tenis, de hockey sobre hielo y hierba, de canotaje, que son tan sólo algunas de las actividades deportivas formalizadas en Inglaterra.

También de las islas vendría otra cosa: el profesionalismo en el deporte.

Hasta ahora se ha visto el nacimiento de la educación física moderna en las "ideas" de algunos hombres. Entre sus milagrosos creadores estarían Sadolet, Ulrico Zwinglio, Montaigne, Juan Comenios, Locke y algunos otros menos notorios. O se prefiere dar nombre y apellido a tan complejo fenómeno de la sociedad industrial y así aparecen como "creadores" Guts Muths, Pehr Ling, Friedrich Jhan, Francis Lieber y, sobre todo, Thomas Arnold, que sólo desempeñaron el papel que pudieron: dar forma a hechos nacidos con raíces distintas, largamente excedidos de la mera tarea de convencimiento y difusión individual.

Una gran batalla doctrinaria opuso la gimnasia al deporte y sacudió al mundo europeo occidental.

En una u otra trinchera los defensores de cada lado arrojaban y recibían argumentos, planteaban y oían exposiciones sobre consecuencias físicas y mentales de cada actividad: la irrupción de los medios de comunicación de masas terminaría con la polémica, o la haría perfectamente inútil, sin que los polemistas lo advirtieran. Apenas traspuesta la mitad del siglo, en 1851, tres portentosas invenciones llegarían con sus tentáculos a cada habitante: ese año entraron en funcionamiento el primer cable submarino, la primera agencia internacional de noticias y la rotativa. En cuanto a la dicotomía gimnasia-deportes la resolverían en favor de éstos y contribuirían poderosamente a arrastrarlos, al cabo de los cien años transcurridos, más allá de la esfera educativa que supone el concepto clásico de "educación física".

La opción estaba obviamente decidida en la razón de ser de cada invención. Desde entonces la máquina de la epopeya no se atasca, maneja colosales negocios, se proyecta sobre la vida de las naciones: ha hecho del deporte —del deporte que practican "otros", los profesionales, los elegidos— el mito del siglo XX. En sus comienzos una publicación francesa. "L'auto", creaba "La Vuelta Ciclista de Francia", poco después "La Gazetta dello Sport" de Milán, "La Vuelta de Italia", más tarde



La fuerza de los medios de difusión creó las competencias ciclísticas más famosas del mundo.

"El Mundo Deportivo" de Barcelona "La Vuelta de España", las mayores competencias del ciclismo mundial. En esta punta, en 1955 L'Equipe organizaba la Copa Europa de clubes campeones de fútbol, a cuya imagen y semejanza la Confederación Sudamericana de Fútbol montó, cinco años más tarde, la Copa Libertadores de América.

Poco después de resuelta aquella polémica, cortada de un tajo por la fuerza de los hechos en un mundo crecientemente industrializado, el deporte llegó al país lejanamente detrás del "empréstito Giró", y del brazo del más poderoso aparato bancario y financiero del mundo, gendarme del mercado del oro, de los seguros y los fletes. El cricket precedió cronológicamente al fútbol, sólo que el producto de la intemperie social nuestra habría de encontrar en el fútbol un medio perfecto para expresar toda una manera de ser nacional. De ninguna manera ajena, aunque con rasgos propios, de los vastos sectores marginales de la sociedad industrial.

LA CULTURA DE LA POBREZA

En el Uruguay, en la Argentina y en todos lados, el futbolista es producto de situaciones socioeconómicas similares, cuando no idénticas.

Se recluta entre los hijos de los asalariados, los pequeños artesanos y comerciantes, los trabajadores independientes, los empleados públicos, en general entre los trabajadores más pobres. Son "los hijos de Sánchez" quienes han hecho de él la revancha de su postergación, el desquite de su marginalidad.

Entre nosotros fue en la intemperie social de extramuros, en el cinturón de Montevideo, en la promiscuidad del aluvión inmigrante, y el éxodo campesino más el negro, donde el fútbol adquirió los atributos que le identificarían. Por eso es como es. De la única y auténtica manera que podía ser para expresar esa integración de razas y culturas amasada en la calle. Adquirió del inmigrante un instinto conservador; es a veces nostálgico, a veces alegre, tiene ritmo de tango y se mira orgulloso en el espejo de su coraje, bebido del ancestro gaucho del criollo.

De ahí que hayamos llamado al fútbol "el manifiesto de la pobreza" como síntesis del ingenio popular.

La pobreza, en sentido antropológico, reconoce rasgos comunes, características más o menos universales que Oscar Lewis ha desentrañado con una dedicación pareja a su brillo. Entresaco algunos. Hay una expectativa de vida menor, trabajo infantil, bajo nivel de educación, una constante lucha por la vida donde alternan períodos de desocupación y subocupación, bajas retribuciones, ausencia de ahorros, escasez crónica de dinero en efectivo; hay carencia de reservas alimenticias, o hambre específica, como dice Josué de Castro, falta de vida privada y abuso de bebidas alcohólicas; se apela a la violencia para zanjar diferencias y para disciplinar a niños, y además, en una larga, degradante suma, una temprana iniciación sexual, uniones libres o matrimonios no legalizados, tendencia hacia las familias centradas en la madre, fuerte orientación al tiempo presente con relativa poca capacidad de posponer deseos y planear el futuro, un sentimiento de resignación y de fatalismo emergente de la situación ante la vida, creencia en la superioridad masculina expresada en el machismo, incapacidad para pagar servicios médicos y apelación al recurso profesional sólo en casos desesperados, recelo de los hospitales "donde se va a morir", confianza en remedios caseros y en curanderos, crítica a los sacerdotes "que son humanos y por lo tanto pecadores como todos nosotros", espaciada concurrencia a la iglesia para la misa o la confesión, compensada por una iconografía de santos en la casa, peregrinaciones a santuarios populares, falta de conciencia de clase y una extrema sensibilidad a la posición social. En este mundo creador, fuerte, alienado, impaciente, vital y espontáneo, menesteroso, agresivo y autosuficiente, es donde nacen los jugadores de fútbol.

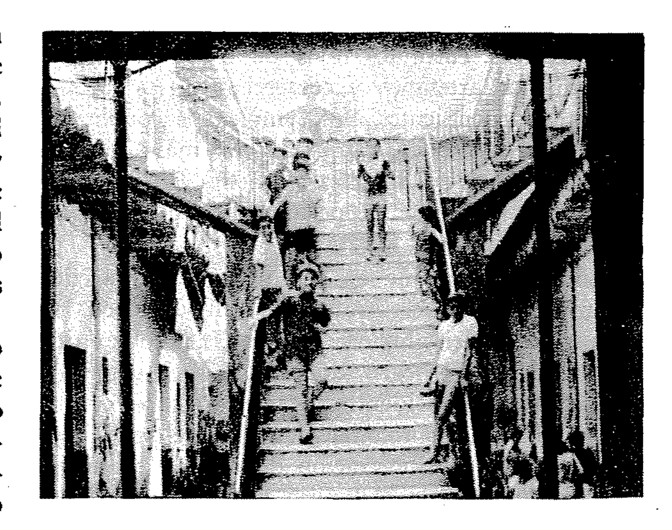
Si la pobreza reconoce identidades universales y es en esa pobreza donde se fraguan los profesionales del fútbol, podría encontrarse aquí una de las razones de una práctica tan extendida.

Esto nos llevaría a otro planteo: la posibilidad de confirmarlo a través de la coincidencia que a grandes rasgos presenta el área de la pobreza —no del hambre— con los países que practican fútbol en gran escala. Tal vez llegaríamos a una "geografía del fútbol" que señalaría su preeminencia en los sectores marginales urbanos de la civilización industrial. Entiéndase que cultura de la pobreza no es sinónimo de clase trabajadora, proletaria o campesina, núcleos cuya situación varía mucho. En Estados Unidos, por ejemplo, es conocido que la clase trabajadora es una privilegiada élite respecto de las de algunos países. Tampoco alcanza a organizaciones tribales como las que imperan en África negra, pueblos con culturas relativamente integradas y autosuficientes. A medida que se va

producido la quiebra del orden tradicional, van surgiendo nombres de jugadores y clubes que se codean con la realeza internacional del fútbol. La asociación de instituciones más antigua del continente es la de Sudáfrica, creada en 1892, y expulsada de la FIFA en 1961 por su consecuente política de discriminación. Es decir que en el sector más antiguamente estratificado de acuerdo con el canon capitalista, surgió también la más antigua organización futbolística.

O sea que además de integrar lo que Adorno llama "la industria del espectáculo", íntimamente relacionada con el problema del empleo del tiempo libre en las ciudades, el fútbol parece ajustarse a todo un tipo humano de la sociedad industrial y responder a las esperanzas e inquietudes de ese vasto sector, ofreciendo además la posibilidad de una vía de escape individual a su marginalidad: la otra sería una empresa colectiva: la quiebra del orden que le condena.

En cuanto a la situación en los países socialistas debe señalarse que el fútbol hunde sus raíces en la vieja estructura. También allí fue un producto urbano de la sociedad industrial, patrimonio de los desheredados, aunque cuando se trocaron las reglas del juego económico recibió un gran empuje derivado de los planes de extensión de la práctica deportiva. El ingreso de Rusia a la Federación Internacional se produjo en el año 12, el de la antigua Alemania unificada en 1900, el de Hungría en 1901, el de Checoslovaquia en 1923, un año después el de Bulgaria y China, el de Rumania en 1931.



El habitat originario del jugador de fútbol.

"EL OPIO DE LOS PUEBLOS"

En el mes de julio, después del tercer gol de El Salvador frente a Honduras en la ronda eliminatoria para el Campeonato Mundial de México, estalló una guerra que dejó miles de víctimas e hipotecó indefinidamente los objetivos económicos y culturales que algunos países centroamericanos persiguen desde la abdicación del General Iturbide en 1823 al ocaso político de Francisco Morazán en 1840. "Todo por un gol."

Este episodio es sólo uno más de un largo rosario de sucesos que tienen el fútbol como aparente origen: de aquí a llamarlo "opio de los pueblos", "adormecedor de conciencias", "contrarrevolucionario" "alienante", etc., hay un pequeño trecho salvado infinidad de veces por todo un sector "progresista" con el sociólogo Juan J. Sebreli a la cabeza por estas latitudes.

Dispuestos a arremeter contra la pelota de cuero número cinco porque su desaparición sólo acarreará beneficios a estas tierras atrasadas y sojuzgadas por su pique, los lúcidos conjurados no reparan en esfuerzos de imaginación. "...El fútbol es un modo de que continúe existiendo la sociedad de clases y a la vez la sociedad de clases es un modo de que continúe existiendo el fútbol, hay entre ambos un acondicionamiento recíproco. Se alegará inmediatamente que es absurdo explicar al fútbol como una mera superestructura de

la sociedad capitalista, desde el momento en que también existe en la Unión Soviética y otros países socialistas. Pero lo que los hinchas ignoran en su mayoría y los diarios capitalistas tratan de silenciar es que el fútbol en la Unión Soviética es amateur, que los jugadores son obreros y estudiantes que no cobran para jugar..." (Sebreli). Sólo la oportuna aclaración del editor que figura en las páginas iniciales —donde destaca que ha preferido dejar la palabra a sociólogos y narradores "ajenos al mundo del fútbol"— puede explicar tantas inexactitudes. El deporte de hoy en la Unión Soviética, y en todos lados tiene como meta un profesionalismo que, en el caso soviético, es del propio estado. Ferreri tiene razón cuando dice que "en un régimen comunista, el estado asigna a algunos ciudadanos la tarea de practicar deportes como a otros la de cultivar los campos o manejar trenes, en interés de la colectividad, y, como es natural, tiende a asegurar a todos los medios para vivir". De lo que hasta ahora ningún régimen social ha podido zafar es de la honda contradicción que padece el deporte: su mayor enemigo es la propia competencia. Porque de la competencia nace el afán del récord, detrás de este propósito espera la especialización y detrás el profesionalismo en sus diversas formas, como único medio de asegurar una práctica metódica, racional, consecuente, que sólo se logrará mediante una enorme inversión diaria de horas. A esta altura está definitivamente fuera de discusión reconocer que ningún finalista olímpico es un honesto amateur que se entrena después de trabajar ocho horas parado junto a su torno. En natación, por ejemplo, nadie llega a las semifinales sin haber nadado, como promedio, cuarenta mil metros diarios en los últimos seis meses.

Pero volvamos al siniestro imperio de la FIFA cuya sutil eficacia no todos hemos advertido.

Sin duda los estadios obran como gigantescas válvulas de desahogo donde encuentran escape las tensiones sociales, donde se produce la catarsis colectiva de frustraciones, amarguras, decepciones, resentimientos, impulsos reprimidos, angustias. Nadie podría negarlo. Tampoco hay duda de que el poder político utiliza al fútbol para sus fines. Todos conocemos ejemplos. Por si ha pasado inadvertido reproducimos un cable publicado en "La Nación" de Buenos Aires el 29 de abril de este año: "FÚTBOL CONTRA MARCHA OBRERA. LA PAZ (ANSA). Los trabajadores bolivianos han comenzado a preparar sus cuadros para asistir en corporación a la gran marcha del Día de los Trabajadores el próximo 1º de mayo. Los trabajadores tratarán de reeditar el éxito que tuvieron el año anterior, en que pese a las restricciones impuestas concretaron una masiva concentración en la que unánimemente se repudiaron los bajos salarios y las medidas antisindicales adoptadas por el gobierno actual. Por su parte el gobierno, tratando de neutralizar la realización de la gran marcha del 1º de mayo, está activando gestiones para presentar un cuadro de fútbol argentino, que puede ser Vélez Sarfield o Estudiantes de la Plata".

Lo absurdo es confundir la fiebre con el termómetro. Pretender cargar al fútbol los pecados de los regímenes de gobierno. Todos los sistemas lo manejan, exactamente como manejan cualquier otra actividad. En definitiva ni el fútbol ni nadie puede mostrar las manos limpias. Con la misma lógica sería culpable quien saca un boleto en la plataforma de un ómnibus, de los abusos de una empresa de transportes o de la explotación de sus obreros. Quien paga una cuenta de luz también merece la silla porque está sosteniendo la parte del aparato gubernamental de producción y distribución de energía, avalando con ese acto todo lo que pueda tener de nefasta, de irracional. Quien paga los impuestos municipales también contribuye a respaldar cualquier gobierno comunal. Quien trabaja diez, doce horas diarias es entonces el peor cómplice del sistema de gobierno, porque está generando una ganancia enorme al patrono.

Descargar cómodamente responsabilidades colectivas en el fútbol es una típica actitud de intelectuales que buscan chivos emisarios para expiar su propia impotencia. Tratar de hacer del fútbol la expresión armada del Manifiesto Comunista es ciencia ficción en estado puro. Nadie puede además vivir, durante todas las horas que dedica a presenciar fútbol en su vida, una revolución equivalente. Ningún ser humano puede vivir un apocalipsis semanal para estar así exento de "culpa". El hombre necesita expansiones que ningún régimen puede suprimir. Y el fútbol reúne singulares atractivos, saboreados aquí y en todas partes, por encima de las fronteras políticas.

EL FUTBOL EN EL PAIS

La población de Montevideo aparece como consumidora de fútbol. La del país como abastecedora de jugadores. Desde hace casi treinta años concurre a las canchas el mismo número de espectadores: una curiosa esclerosis. No se juega menos; menos jugadores llegan al fútbol profesional.

POBLACION Y FUTBOL

Hay dos grandes ángulos desde los cuales se puede observar la relación entre población y fútbol. Uno es el del aporte del público a las canchas como forma de sostener un sistema de retribuciones al futbolista. Otro, el de la población como cantera de donde se extraen esos protagonistas.

Hace más de dos años publicamos en "Gaceta de la Universidad" un estudio sobre la concurrencia a las canchas. El tiempo en general ha confirmado las numerosas conclusiones a que llegáramos.

Partíamos de una base monolítica: del propio archivo de la Asociación Uruguaya de Football —ése es su nombre oficial, "football"— extrajimos el número de entradas vendidas desde 1945 en cada partido.

Formulario por formulario rastreamos las grandes líneas en que se mueve esa concurrencia a través de más de dos décadas. No elegimos el año por azar, sino porque nos interesaba especialmente otorgar a la situación económica del país la preeminencia que correspondía. Por esos años Uruguay, al influjo de factores externos, vivió un intensísimo enriquecimiento. Sobre el mismo régimen pecuario de exportación funcionó durante esa década una sociedad urbana consumidora en alto grado, con un nivel de vida cercano al de los grandes centros industriales del mundo.

El fútbol profesional tiene al alcance de la mano un enorme mercado potencial, desde que Montevideo alberga más del 46 % de la población total. Y la tasa metropolitana de crecimiento anual (25/000) es superior a la tasa de crecimiento del país (13,4/000).



La clientela del fútbol se repite domingo a domingo.

Puesto que ese crecimiento está basado en el desplazamiento constante de la población del país hacia la capital, cabe pensar que son personas que no tienen necesidad de *descubrir* el fútbol.

Esa enorme masa humana concentrada en Montevideo tiene características especiales que es imprescindible establecer.

El índice de natalidad ha disminuido en forma mucho más fuerte que el de mortalidad, por lo que el ritmo de crecimiento vegetativo —única fuente de aumento de la población desde la desaparición de la inmigración internacional— disminuye: se redujo casi a la mitad en el período 1910-14 y 1963, año del último censo de población. Proporcionamos los datos porque volveremos sobre ellos cuando tratemos la aparición de futbolistas.

Las previsiones indican que continuará disminuyendo en los 15 años venideros.

Cualquiera sea el sistema de cálculo escogido, la composición demográfica indica un "envejeci-

AÑOS	ÍNDICE DE NATALIDAD	ÍNDICE DE MORTALIDAD	CRECIMIENTO VEGETATIVO
1910-14	36,7	13,5	23,2
1930-34	25,8	11,5	14,3
1963	21,9	8,5	13,4

Las previsiones indican que continuará disminuyendo en los 15 años venideros.

miento" acelerado de la población, consecuencia de estas cifras y de lo señalado en cuanto a la inmigración internacional.

Para estudiar la distribución por edades la población se agrupa en tres categorías: a) la población de 0 a 14 años cumplidos, o *población joven;* b) *la población en edad activa*, que no debe confundirse con la efectivamente activa, de 15 a 59 años; c) la población de 60 y más años. La comparación de las cifras de nuestro país con las de cualquier país de América destaca nítidamente una tendencia al "envejecimiento": en los cálculos más moderados, las personas mayores de 60 años superarán en 1982 el 14 % de la población total del país, porcentaje sólo comparable al de las sociedades europeas.

Cuando se oye hablar de este problema del "envejecimiento" o de la bajísima natalidad, hay una tendencia a desplazar cómodamente las tremendas consecuencias a los hombros de "los que vendrán". Como si en todo caso se tratara de un problema a resolver por las generaciones futuras. Sin embargo esta consolidada gerontocracia en que se torna el país condiciona ya ahora cada uno de sus aspectos. El fútbol siente su influencia. Ya veremos a través de cuántos aspectos.

Respecto a los índices de actividad de la población los datos revelan otro fenómeno llamativo, único en análisis similares de 70 países: la tasa de actividad masculina disminuye pronunciadamente a partir de los 45 años.

Ya tenemos planteadas varias condicionantes: por un lado un mercado potencialmente enorme, pero compuesto por una población con firme tendencia al "envejecimiento", con un abandono de la actividad importante a partir de los 45 años y con otra característica: el desplazamiento de población hacia Montevideo excede largamente las posibilidades ocupacionales. Y la desocupación, por lo menos la desocupación censal, es fundamentalmente un fenómeno urbano.

LA CONCURRENCIA DE MENORES Y MUJERES

Tradicionalmente el fútbol dio la espalda a dos sectores vitales de la población: menores y mujeres. Vitales en cuanto influyen en cada hogar, además de su número.

A través de las cifras de venta de entradas para menores en las temporadas donde funcionó una rebaja para los mismos surge a primera vista un enorme desinterés. En 1962 se vendieron 42.600, que representaron alrededor del 7 % del total; en 1963, 38.500 que significaron sólo el 0,2 % y en 1964, 23.600 que mantuvieron el porcentaje. En 1965, a raíz de una iniciativa del Club Danubio, se aprobó un proyecto que estableció la *entrada de estudiante,* beneficio que comprende hasta los 18 años. Mediante la obtención de un carnet en la Asociación, se obtiene el derecho a una rebaja del 30 %. Los datos son también aparentemente condenatorios: en 1965 se expidieron 1.484 carnets, al año siguiente 890 y en 1967 sólo 560. Si consideramos que la población estudiantil en Enseñanza Secundaria y Universidad del Trabajo menor de 18 años agrupa en Montevideo unos 50.000 estudiantes aproximadamente, los interesados no alcanzaron al 1 %.

Pero estas cifras sólo reflejan una imagen deformada de la realidad. En medio del caos en que se mueve la Asociación, la dirección del fútbol se consideró satisfecha con el establecimiento del beneficio: ya se encargarían los interesados de enterarse. El problema fue que no se enteraron, conforme surge de una encuesta que realizamos entre alumnos liceales y cuyos resultados analizaremos más adelante.


Un sector olvidado por el fútbol: los liceales.

Este pequeño episodio ejemplifica toda una política de imprevisión, de anarquía, una "filosofía de la facilidad" a la que el fútbol está habituado. Ahora, cuando debe interrogarse sobre problemas tan exóticos como la concurrencia a sus partidos, no imagina que alguien pueda estar ajeno a sus propósitos.

El censo estableció que en Montevideo la población femenina supera a la masculina: en cifras redondas, 630.000 mujeres y 580.000 hombres. Con una importante constancia: hay un 25 % de mujeres económicamente activas.

Aun cuando el beneficio de tarifa especial para la entrada de mujer no ha sido permanente, el porcentaje es ilustrativamente bajo: en 1965 y 1966 no superaron el 0,5 %, con un predominio descontado y casi absoluto del Estadio Centenario frente a las demás canchas.

Esta "quinta columna" de menores y mujeres forma una mayoría abierta aunque no ofrece una posición activa. Surge del muestreo entre liceales, y lo confirma el baby-fútbol, que el fútbol constituye el deporte de masas en el país, un ideal deportivo al que aspiran todas las sociedades. Por su lado la mujer "está enterada" de lo que ocurre, reconoce por fotografías las caras de los jugadores más renombrados y participa de las grandes expresiones colectivas de alegría por triunfos que también le llegan.

Sin embargo hoy por hoy a las canchas sólo concurre el hombre, en medio del rezongo de la esposa y la indiferencia del hijo.

Ajeno a todo tipo de actualización, ignorando o desdeñando cualquier aporte científico, el fútbol se permite despreciar la decisiva influencia de la propaganda en procura de captar para sus espectáculos el 60 % de la población. Lo que no le impide lamentarse de "la bancarrota" en que vive.



Aunque no concurran, todos saben quién va ganando.

Con frecuencia se oye decir que le rodea una enorme publicidad. En realidad no es así. Si aquellas máquinas de la epopeya no se atascan, y a ellas se refieren, tampoco tienen por finalidad conseguir nuevos espectadores: su fin es que al otro día compren el diario o hayan encendido la radio para seguir las trasmisiones.

Tanto es esto así, que puede afirmarse que cada partido existe a dos niveles: en la cancha y en los medios de difusión.

Lo que éstos hacen es agotar las posibilidades de información para los "iniciados". Está dirigida a quien va a buscar noticias, rumores, comentarios al sitio del dial, a la página o al canal donde sabe de antemano que los encontrará.

Publicidad es otra cosa. La primera de sus reglas es la determinación del "enemigo único". Es decir, definir al receptor. En el caso del fútbol ahí están los jóvenes y las mujeres como destinatarios naturales de sus mensajes. Seguramente nadie ha visto ni oído hasta ahora que algún medio de comunicación de masas se ocupe constante y racionalmente del problema. No está en sus fines. Aunque costaría demostrar en realidad que figura entre los fines de la dirección del fútbol.

OFICINISTAS DE 40 AÑOS

De modo que aquel seductor mercado potencial ya ha sufrido podas tremendas. Queda reducido a una masa de 580.000 personas de sexo masculino, entre ellas 386.000 que van de los 15 a los 64 años, un período razonable en la medida humana para constituirse en espectadores del fútbol. A su vez, esas 386.000 personas están estratificadas así: 120.000 tienen de 30 a 49 años (constituyen el mayor porcentaje, casi el 30 %); 87.500 van de 15 a 29 y las otras 60.000 de 50 a 64 años.

Si tenemos en cuenta las consideraciones en cuanto a la concurrencia de jóvenes y menores, y agregamos que hasta los 24 años se registra la máxima tasa de desocupación, el fútbol profesional extraería su clientela de una masa masculina que va de los 30 a los 50 años aproximadamente.

Es precisamente en este sector donde se registra la máxima tasa de ocupación: cerca del 98 %. La gran mayoría en el llamado sector terciario (servicios, comunicaciones, transporte, comercio), que absorbe a su vez más del 50 % de la población económicamente activa.

Podemos dar una imagen aproximada del espectador habitual definiéndolo, en cuanto a ocupación y edad, como un oficinista de unos 40 años.

El otro grupo en la estratificación de edades señala la presencia de una masa de 60.000 personas que van de los 50 a los 64 años, en su inmensa

mayoría jubilados o pensionistas. El censo indicó que a partir de los 55 años sólo 2 de cada 3 hombres están en actividad, un hecho singular aun a escala mundial.

Actualmente el régimen jubilatorio casi ha desaparecido, salvo para dirigentes políticos y alguna Caja autónoma, por lo que el sector soportó indefenso el gran empuje inflacionario.

Contemporáneos además de las grandes generaciones de jugadores, es factible que hoy desechen concurrir, añorando aquello que resumen en la frase famosa: "Fútbol era el de antes".

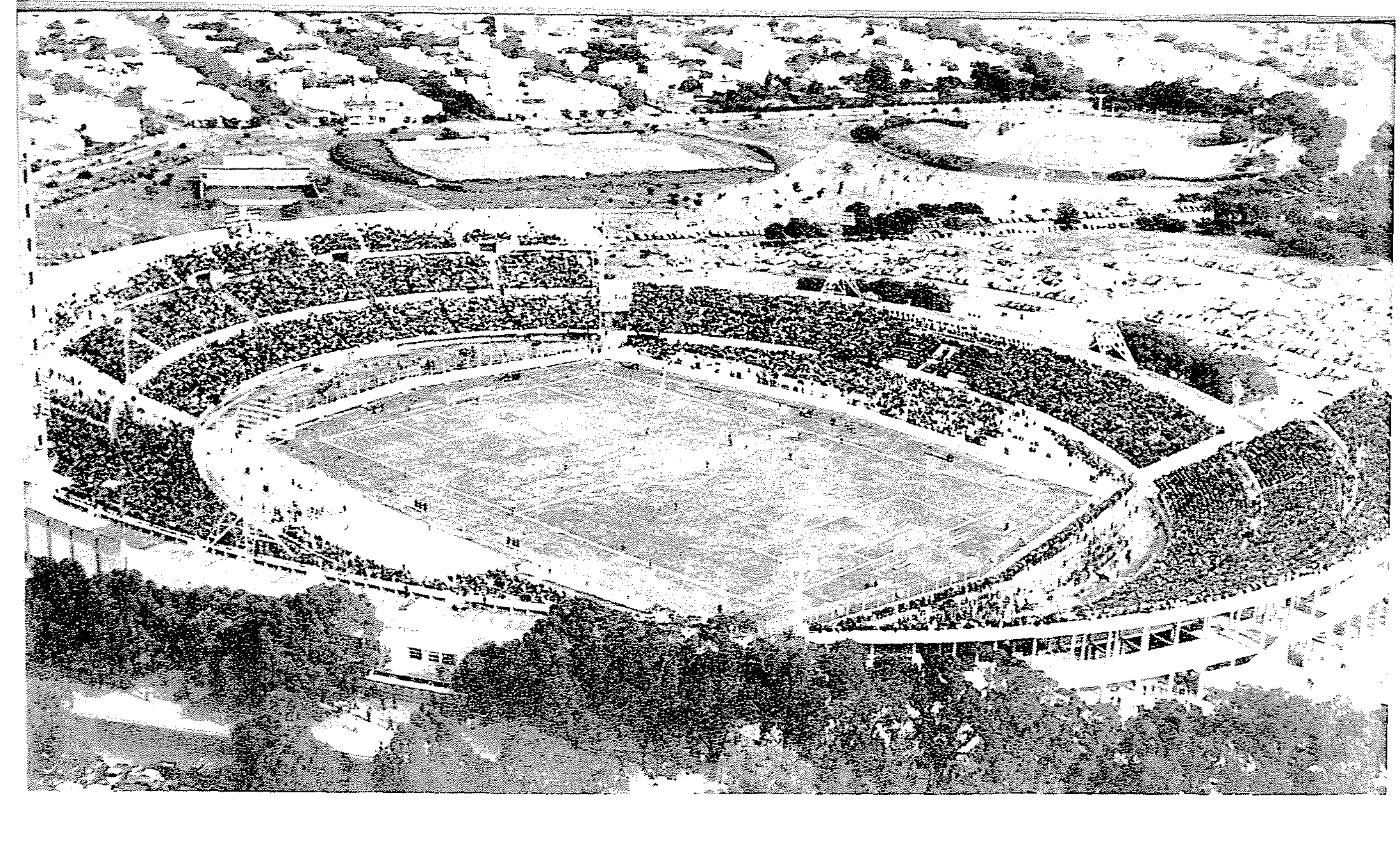
MENOS DE 100.000 PERSONAS

El fútbol profesional soportaría así el progresivo alejamiento de las personas mayores de 50 años, lo que no se compensa con el advenimiento de las nuevas generaciones en la otra punta.

El pesado andamiaje del fútbol, donde se mueven numerosos clubes, descansa pues en los

El espectador medio: oriental, casado, 40 años, oficinista.





Menos de 100.000 personas constituyen semanalmente la clientela habitual.

hombros de una masa bastante inferior a 100.000 personas. Una masa esencialmente masculina, en rápido proceso de envejecimiento, reclutado en el sector terciario y con una edad promedio de unos 40 años.

Aquel índice de sostenedores del fútbol surge más claro si se observa la venta de entradas semana a semana en los partidos de la primera división A: desde 1950 a 1966 rara vez superaron las 40.000. Naturalmente que cuando Peñarol y Nacional juegan entre sí las cifras aumentan. Pero el aumento es relativo, desde que domingo a domingo los mayores aportes lo realizan sus partidarios por separado. Jugando entre ellos, los restantes equipos concitan un escaso interés.

Esta debilidad del grupo de ocho clubes, ahora nueve al incorporarse nuevamente Danubio subcampeón del Torneo de Copa, bastaría para procesar todo un régimen que pretende ser profesional. Entre los años citados se han enfrentado en mil doscientos dieciséis partidos (1.216), de los cuales sólo en cinco (5) han superado las cinco mil entradas (5.000). Un 0,41 % para el humor negro de la actividad local más representativa.

Sólo este dato bastaría para hacer dudar acerca de los beneficios que presuntamente acarrea, desde

el punto de vista del interés de los partidos, la pugna para evitar descender a primera B. Todos los días se oye hablar de "la falta de interés en los partidos donde no se juega el descenso". Al parecer, se juegue o no, la situación es más o menos la misma desde las ineludibles columnas del debe y el haber.

A esa cifra de quienes pagan entrada —rara vez superior a 40.000— habría que agregar quienes ingresan sin hacerlo, por el sistema de "locatario" y "visitante". La cantidad promedial de socios de cada uno de los clubes mayores es de 25.000; la de los restantes, de 2.500; otras cifras condenatorias del sistema imperante. En la hipótesis —deliberadamente exagerada— de una concurrencia del 70 % de los socios de todos los clubes en alguna fecha en la que tanto Peñarol como Nacional fueran locatarios, la concurrencia total se integraría, en gran parte, con unos 42.000 asociados: 35.000 de ambos clubes "grandes" y 7.000 de los "chicos" en los tres partidos restantes de esa fecha. Pero en ese supuesto la venta de entradas sería irrisoria, desde que las grandes masas que siguen a Peñarol y a Nacional se transformarían en espectadores exhibiendo la tarjeta social.

CAMPEONATO URUGUAYO: LA CURIOSA ESTABILIDAD

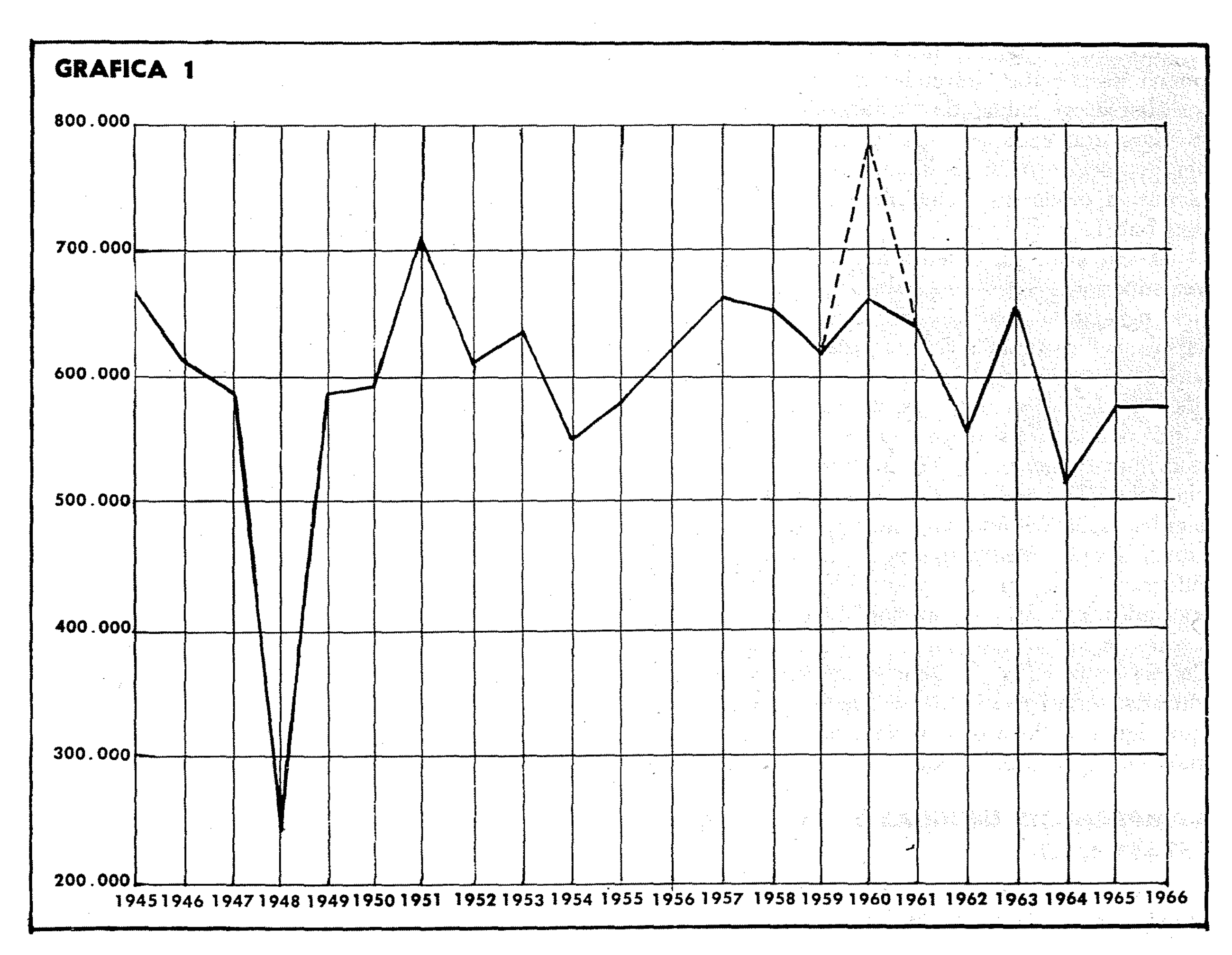
La gráfica que corresponde a la venta de entradas en el Campeonato Uruguayo de 1945 a 1966 —gráfica 1— muestra un sorprendente equilibrio en torno a las 615.000 entradas promediales —gráfica 2— o, lo que es lo mismo, a las 6.833 entradas por partido. En los años de la década del 40 el promedio llegó a 615.700, en los años cincuenta a 626.400 y en lo que va de la década del sesenta a 605.300, el más bajo registrado.

Para la media de los años cuarenta no se tuvo en cuenta el torneo de 1948, que no finalizó a raíz del conflicto gremial de los futbolistas profesionales en el mes de octubre, cuando se había jugado la primera fecha de la segunda rueda. Pero en los años sesenta se tuvieron en cuenta dos hechos excepcionales, por lo que en rigor su promedio es aun más bajo. En el mes de marzo de 1960 se jugó la final diferida del torneo de 1959 empatado entre Nacional y Peñarol, donde se vendieron 68.510 entradas. Y ese mismo año, en diciembre, Peñarol y Cerro disputaron un partido definitorio del título de campeón, desde que habían empatado el primer puesto al cabo de las dieciocho fechas, vendiéndose 55.732 entradas. Ambos partidos sumaron 124.242 entradas extraordinarias.

El equilibrio es sorprendente. En esos veintidós años el fútbol transitó de la gloria a las cenizas, la ciudad creció vertiginosamente, su composición social tampoco permaneció estática y se produjeron fuertes fluctuaciones en el nivel de vida.

Para que el torneo más importante del fútbol nacional mantuviera la relación entradas-población de la década del cuarenta, tendría que vender anualmente más de 900.000 entradas promediales, lo que implicaría unas 300.000 más por año que las cifras actuales. Pero aun en cifras absolutas la tendencia de la década es descendente.

Las temporadas consideradas de la década del cuarenta señalaron un momento de enriquecimiento nacional a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Fue en esos años cuando se acentuó el proceso de concentración de la población en Montevideo, en lo que influyeron dos factores: un incipiente desarrollo industrial y un gran empuje burocrático, El desarrollo industrial, mecido por aquella circunstancia excepcional y por una legislación proteccionista, llevó el número de obreros y empleados industriales de 96.000 en 1936, a 202.000 en 1951. Por su lado el Estado, que obtenía buena parte del intenso comercio internacional por la compra y venta



de divisas, imprimió un fuerte impulso a la burocratización: en 1938 ocupaba 58.000 funcionarios, en 1955 se estimaban en 168.500 y en 1959 en casi 200.000. El período de auge se estiró aproximadamente hasta 1955, un par de años después de finalizada la Guerra de Corea: lo que siguió es conocido. La magnitud de los gastos públicos en burocracia y seguridad social gestados en el 40 y 50 fue imposible de mantener. En definitiva el Estado continuó incrementando el sector terciario que funcionó como seguro de desocupación: la participación estatal en la actividad de la población pasó del 19,5 al 21,1 %. Los pasivos aumentaron su proporción: en 1955 eran 23 de cada cien personas, en 1961 llegaban a 30. La desarticulación económica fue evidente. Sin embargo el fútbol

continuó vendiendo, antes y ahora, poco más de 600.000 entradas promedio en su torneo más representativo.

Ambos hechos son de gran importancia para considerar cualquier problema de organización del fútbol. Por un lado no ha conseguido absorber el enorme crecimiento de la población de Montevideo generado en un desplazamiento de habitantes del Interior, sobre todo del Interior urbano. Y por otro la situación económica, a la que parece natural adjudicarle una gran importancia en la venta de entradas, parece no influir decisivamente.

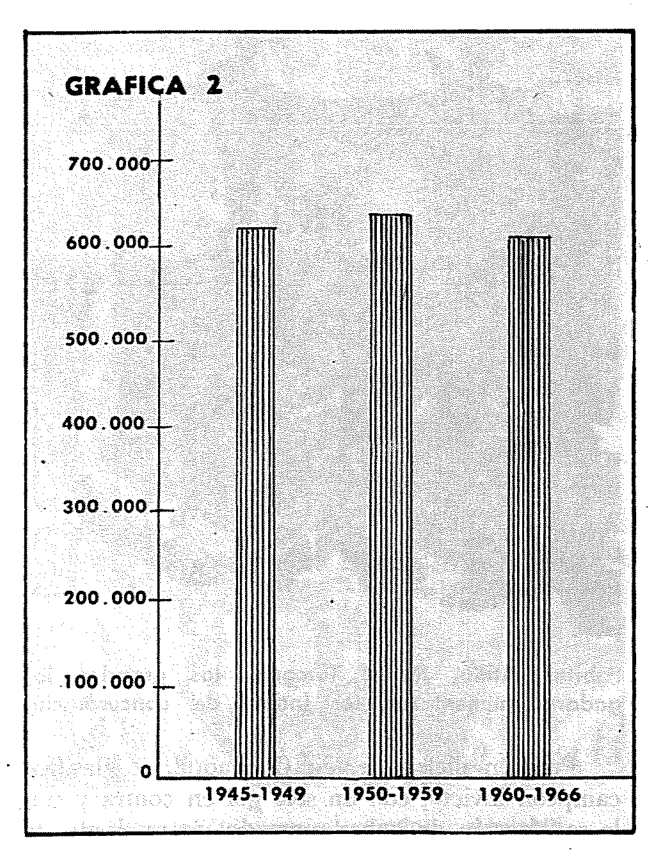
NO INFLUYEN TRIUNFOS NI DERROTAS: IR AL FUTBOL ES UNA COSTUMBRE

Pero hay aun otro hecho importantísimo: tampoco influyen éxitos o derrotas internacionales ni la presencia de grandes jugadores, a lo que normalmente se adjudica la llave de la euforia.

Confesamos que al empezar a desempolvar los formularios en el archivo de la Asociación teníamos dos cosas seguras: que el índice económico influiría decisivamente por un lado, y por otro que el gran fútbol del cuarenta que culminó en Maracaná, y los éxitos de Peñarol en la Copa Intercontinental, serían los picos desde donde habría que comparar el resto de la actividad. Pero no es así. Obsérvese que la obtención del Campeonato del Mundo de 1950, jugado en el mes de julio, curiosamente no concitó un interés mayor, vueltos los laureados a las luchas locales. El "estado de conciencia" por la posesión del título de mejores del mundo pareció surgir en la temporada siguiente, que marca el tope en la venta de entradas si para 1960 manejamos las cifras de los 18 partidos, es decir si no sumamos aquellas 124.000 entradas extras.

Pero al éxito de 1950 siguió la decepción del torneo Panamericano jugado en Santiago de Chile dos años después, y Suiza marcó el ocaso de la generación de Maracaná, ultrajada por el tiempo. En 1958, por primera vez en su historia, el fútbol uruguayo quedaba eliminado de un torneo mundial por cinco ignominiosos goles recibidos en la cancha de Puerto Sajonia. Cabría pensar que el desinterés sería total. Sin embargo, de la gloria de Maracaná a la ignominia de Puerto Sajonia hay una distancia de sólo 40.000 entradas.

Menos de un año después, en el Sudamericano de Buenos Aires de febrero de 1959, Uruguay llega penúltimo solo delante de Bolivia.





Fabrini, Atilio, Porta. Tampoco los grandes jugadores aumentaron los índices de concurrencia.

Pero en diciembre, en Guayaquil, se clasifica campeón invicto, con un solo gol en contra y con la satisfacción de haber marcado un resultado de cinco a cero frente a Argentina que no se había registrado nunca. Nada varió.

La década del sesenta marca la más profunda modificación de la estructura del fútbol local a través de la Copa Libertadores de América, por entonces de Campeones, que Peñarol hace suya en tres ocasiones; en dos arrebata nada menos que la Copa Intercontinental de clubes. Cuatrocientas, quinientas mil personas gritaron su euforia, desde Carrasco hasta la Plaza Independencia. Nada varió. Sólo los habituales siguieron rodeando las canchas.

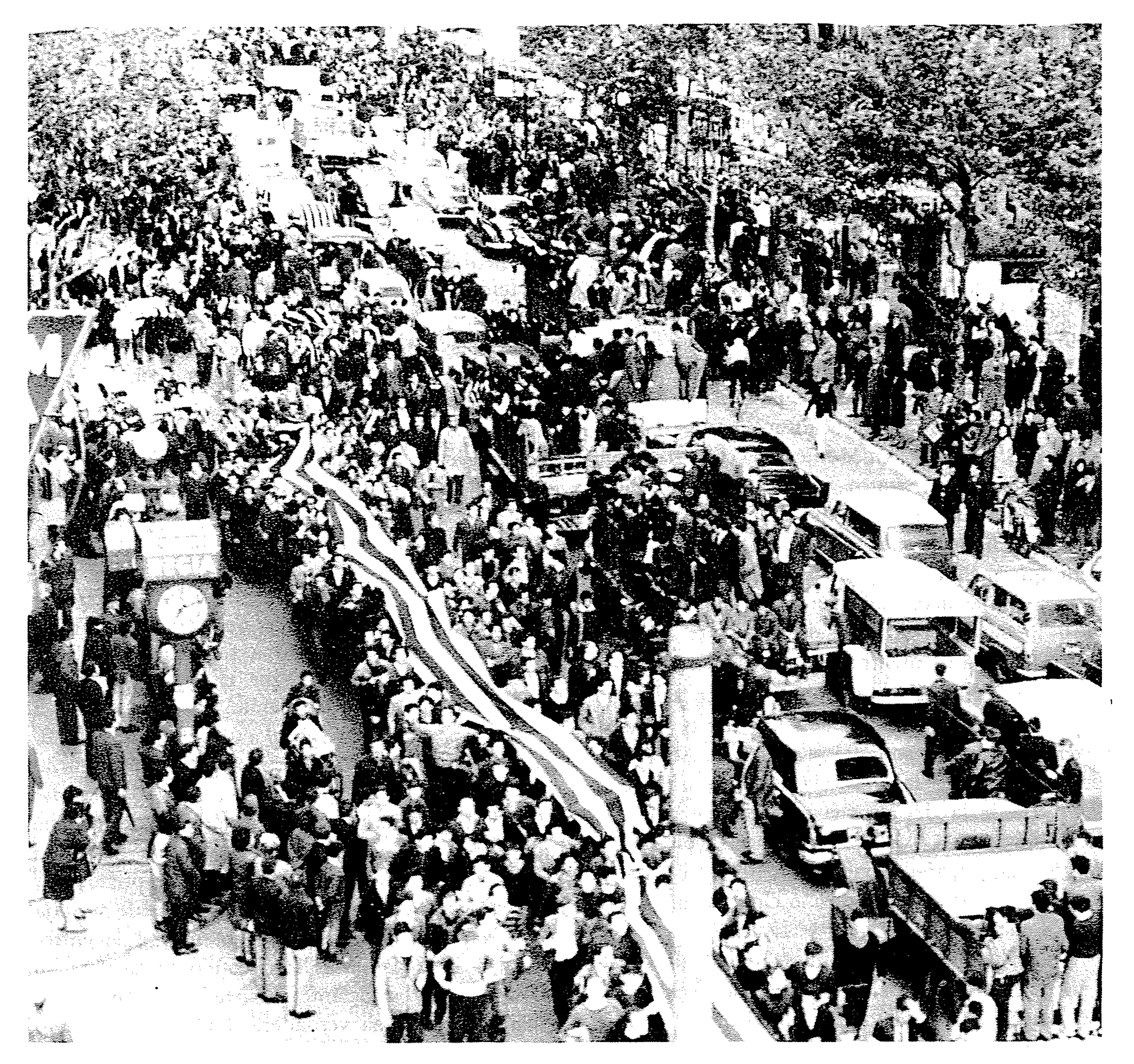
Aquellos "enemigos domésticos" que presumíamos en oposición no activa estábamos todos en las aceras, ávidos de festejar el paso de la mitología nacional. La ausencia de una política adecuada permitió que volvieran a sus hogares. El domingo siguiente, la costumbre olvidó la pasión.

Porque parece ser que concurrir al fútbol constituye entre nosotros una costumbre. Si en el centro de la honda depresión económica, el torneo eje de la actividad local continúa con los índices de venta de entradas detenidos en la década del cuarenta, si no logra atraer a los nuevos habitantes de Montevideo, si tampoco consigue atraer a jóvenes ni a mujeres, y si tampoco la concurrencia parece afectada por éxitos o derrotas, todos estos hechos parecen confirmar la conclusión a que llegáramos por otra vía. El fútbol se sostiene esencialmente por el aporte de personas de ocupaciones estabilizadas, que han hecho de él su tragedia o su comedia semanal.

Para el uruguayo medio el fútbol profesional no constituye ni una pasión ni un espectáculo: es sólo una costumbre.

LO QUE SUCEDE AFUERA

Aunque lamentablemente tampoco fuera del país abundan estudios de este tipo, en 1964 "El



Ni los grandes éxitos. No todos los que acá festejan fueron a las tribunas el domingo siguiente.

Gráfico" publicó un trabajo sobre venta de entradas durante los torneos anuales de la AFA.

Un trabajo primario sólo referido a su volumen anual y sin mayores consideraciones.

Tomando las cifras a partir del año 1945, para que sirva de comparación acerca de la situación en nuestro país, el promedio entre esa temporada y la de 1963, última analizada, es de 2:495.000.

Es decir que Buenos Aires dispone de un público que "consume" fútbol en esa proporción anual.

Si consideramos el Campeonato Uruguayo como similar a la competencia anual de la Asociación del Fútbol Argentino, en el mismo período el promedio de "consumo" en Montevideo es de 615.000, aproximadamente cuatro veces menos, lo que a la luz de las distintas disponibilidades de población puede aceptarse como equivalente, aunque si hubiera que inclinar la balanza hacia un lado sería hacia Montevideo, por cuanto la población del Gran Buenos Aires es considerablemente mayor a cuatro veces la de nuestra capital.

Aunque el trabajo referido al medio argentino es primario y las conclusiones, por tanto, no aparecen debidamente sostenidas, su autor sostiene que todo lo determina la presencia de los grandes jugadores. Desde la década del cuarenta en adelante, Isidro Lángara y Ángel Zubieta, que volcaron la colectividad española hacia San Lorenzo; Farro, Pontoni y Martino en el mismo club; Muñoz, Moreno, Pedernera, Labruna y Loustau en River; Severino Varela en Boca; Simes, Bravo y Norberto Méndez en Racing; Walter Gómez también en River; Micheli, Cecconato, Bonelli, Grillo y Cruz en Independiente, etc., lo que a primera vista señalaría una diferencia con nuestro medio.

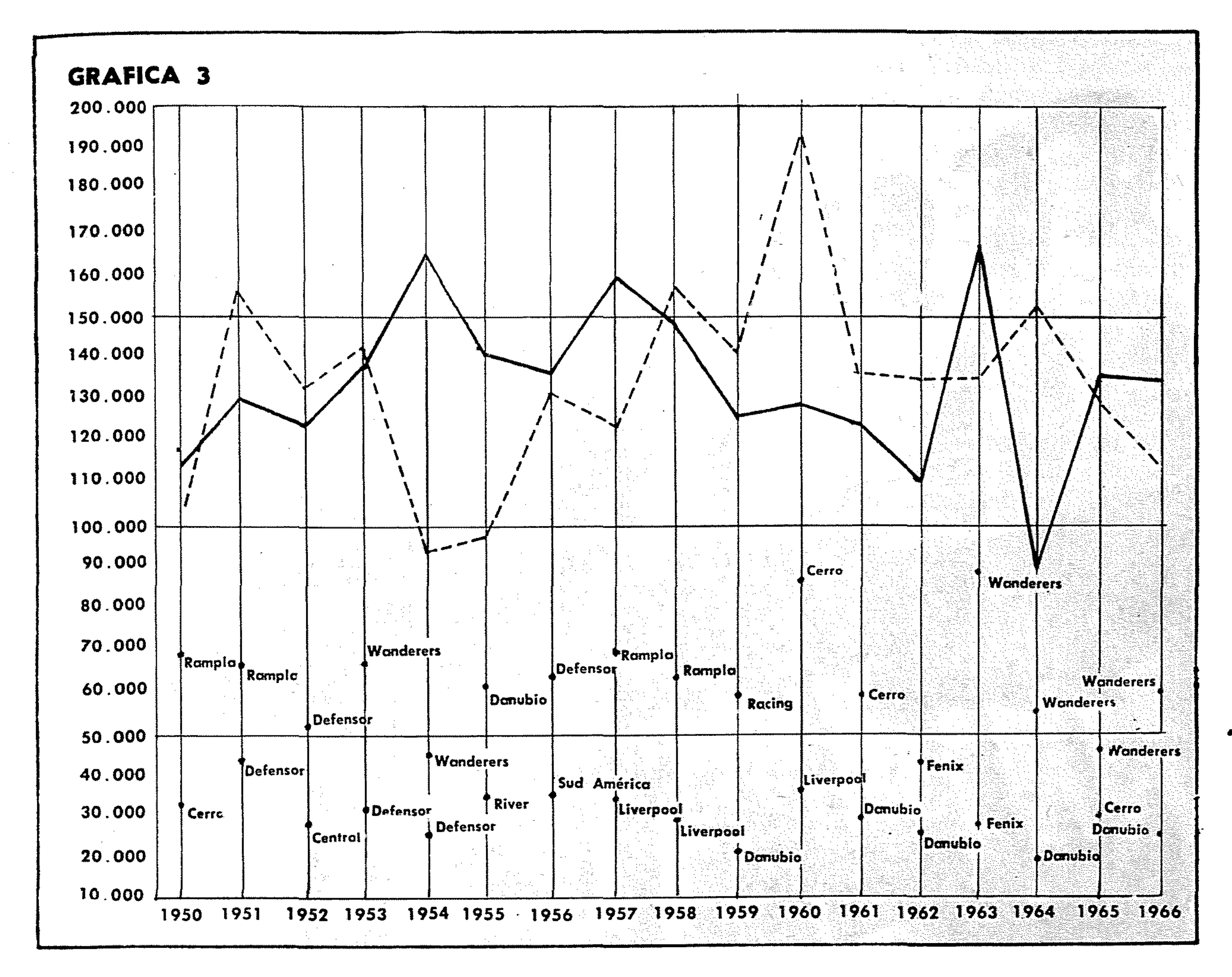
NO HAY REGLAS EN LA DISTRIBUCION DE ENTRADAS

La distribución por clubes de ese volumen de entradas del Campeonato Uruguayo lleva a otra conclusión que atenta contra los lugares comunes. Desde 1950 a 1966 Nacional ha vendido un promedio ligeramente superior de entradas que Peñarol: 135.460 sobre 135.082 (gráfica 3, donde también se señalan venta máxima y mínima en cada temporada entre los ocho clubes restantes).

La importancia de la comprobación surge, más que de las cifras en sí, prácticamente iguales, del hecho de que en esas diecisiete temporadas Peñarol ganó diez veces el Campeonato Uruguayo y Nacional sólo siete. Y a partir de 1960, los aurinegros llegaron a consagraciones resonantes que convulsionaron al país, ganaron dólares y prestigio. Pero no más espectadores.

Este hecho confirmaría nuestras anteriores especulaciones sobre la edad media del espectador: habría sido reclutado casi exclusivamente décadas atrás, cuando los clubes mayores se dividían triunfos y fracasos como con una regla de cálculo. O de lo contrario indicaría que el "exitismo" no es tan contagioso como se piensa.

En esas diecisiete temporadas Peñarol se adjudicó el Campeonato Uruguayo con diferencias de puntos que jamás consiguió Nacional. En 1953 obtuvo siete puntos de ventaja y la diferencia de entradas fue de apenas 9.000 a su favor. Al año siguiente se produjo un hecho sorprendente: Peñarol ganó el torneo con diez puntos de ventaja pero Nacional obtuvo una venta mayor de entradas. En 1962 Peñarol llegó con 6 puntos y con 20.000 entradas delante de Nacional. Al año siguiente obtuvo una verdadera plusmarca: 13 puntos de diferencia y 60.000 entradas a su favor. Pero en el año 65, en que ganó el torneo por 5



puntos, se repitió la situación de 1954: Nacional le aventajó en entradas vendidas.

La situación inversa no se ha producido hasta ahora. Los torneos de 1950, 55, 56, 57, 63 y 66 ganados por Nacional, también le presentan adelante en la venta de entradas.

Desde 1950 los clubes menores han obtenido un promedio de 42.000 entradas anuales, de las que corresponden a los partidos con Peñarol y Nacional más del sesenta y seis por ciento (66 %): el resto se reparte entre ellos.

Puede pensarse que la situación varía en rela-



Para los "chicos" no sirve ganar. Rampla Juniors, vice-campeón en 1964: sólo mayor dependencia.

ción directa con la buena campaña deportiva que hayan obtenido en la temporada: no es así, esa circunstancia sólo remacha la dependencia de esos dos partidos.

El ejemplo de la campaña de Cerro en 1960 es elocuente. Ese año vendió sólo 17.224 entradas en sus partidos frente a los otros clubes menores. Y 52.880 en el partido de la segunda rueda frente a Peñarol. Las cifras no exigen comentario. Salvo hacer notar que si la fecha hubiera coincidido con un día lluvioso o con el desinterés momentáneo de los seguidores de Peñarol, el producido anual de Cerro —con una campaña sin precedentes desde el establecimiento del régimen profesional— no hubiera superado ese promedio de 42.000 entradas.

Esa debilidad, que no altera siquiera la sucesión de victorias del club chico como podría pensarse, surge aun más claramente si se compara lo expuesto sobre la campaña de Cerro en 1960 con la discreta de Wanderers en 1963. Aunque terminó tercero a diez puntos del campeón, superó la venta de entradas cerrense por haber llegado al Estadio como locatario en tardes radiantes.

Durante esas diecisiete temporadas, dos equipos menores precedieron a uno de los grandes (Nacional) en la clasificación final: Danubio en 1954 y Rampla Juniors diez años después. Pero esa culminación tampoco consiguió modificar el volumen anual de entradas vendidas: Danubio llegó a 43.524 (cifra ligeramente superior al promedio) y Rampla Juniors a 37.388 (notoriamente inferior).

Paradójicamente entonces la dependencia del club menor se acentúa en la misma medida en que consigue una campaña victoriosa. En vez de insinuar siquiera un escape a la asfixia de la situación, sólo consigue remachar los barrotes tras los que pervive.

Cerro obtuvo casi el 80 % de sus entradas de los enfrentamientos con Peñarol y Nacional en 1960; Danubio el 82 % y Rampla Juniors el 75 %, porcentajes nítidamente superiores a aquella dependencia media del 66 %.

En esas condiciones, la situación no tiene salida para el grupo de instituciones menores.

Obsérvese que el presupuesto de cada una viene a depender de dos factores que no gobierna: el estado del tiempo y el auge del grande el día que le corresponde retirar la mayor parte de la recaudación por ser "locatario". Esa resbaladiza combinación de presión atmosférica, temperatura y nubosidad, es parte de la ruleta a la que entrega su destino: una familia no le confía ni un picnic dominical. El otro factor le es también ingobernable: la medida del entusiasmo en filas de aficionados de Nacional o Peñarol.

La gran lección que se desprende de todo esto es que el rival de cada uno de los clubes menores no usa camiseta distinta ni calza zapatos de fútbol: es el sistema.

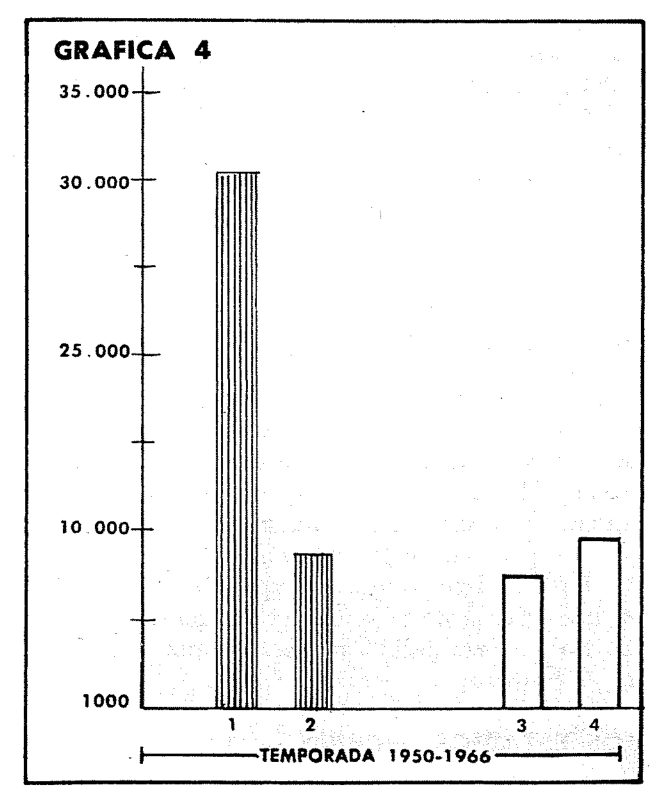
LOS ESTADIOS PROPIOS

La esterilización de esfuerzos aparentemente inobjetables como la construcción de estadios es otra de las consecuencias.

Lo de Danubio aparece como definitivamente juzgado aun desde sus propias filas: ha terminado por negociar la presencia de los grandes en su Estadio Jardines del Hipódromo o en el Centenario.

Desde 1957 su funcionamiento le ha representado una enorme merma en la venta de entradas frente a los grandes, y un margen levemente superior a los promedios del Parque Hugo Forno en sus enfrentamientos con los clubes chicos (gráfica 4).

Jugando con Nacional y Peñarol en el Estadio Centenario, desde 1950 a 1966 llevó conjuntamen-



te un promedio de 32.071 personas. Jugando en su terreno desde 1957 a 1966 obtuvo apenas una media de 8.535 entradas. No hay apelación: no le conviene utilizarlo.

Se podría argumentar que los resultados deportivos le serían posiblemente más favorables. Sin embargo la experiencia de los partidos jugados en Belvedere y el Estadio Luis Tróccoli no permiten sostenerlo: los equipos grandes han ganado cerca del 92 % de los puntos en ellos disputados.

Cerro ha recorrido tres etapas en cuanto a escenarios donde ofició de locatario. En un primer período lo hizo en el Parque Santa Rosa, en un segundo ciclo alternó la utilización de las canchas de Liverpool, Wanderers o Nacional y en un tercero se afianzó en el moderno Estadio Luis Tróccoli.

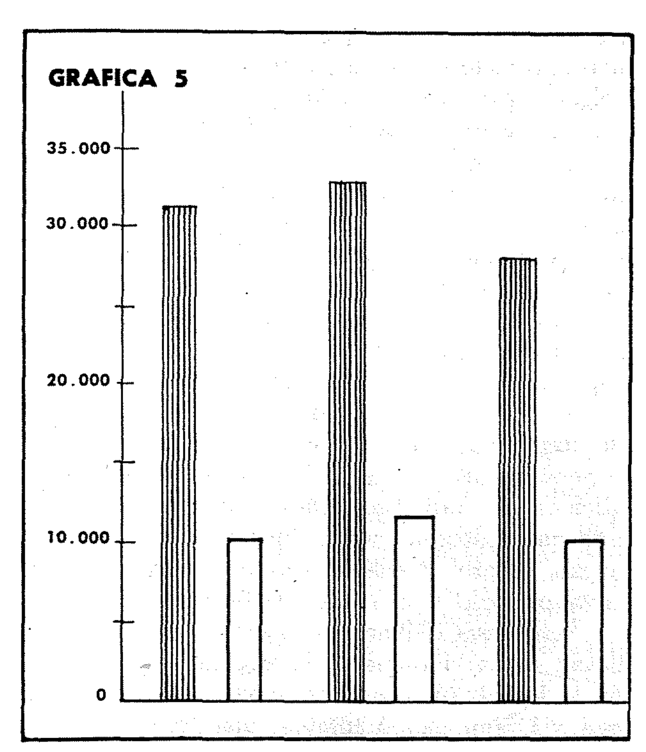
En el primer período, que va de 1950 al 53, enfrentó a los grandes invariablemente en el Estadio Centenario, promediando conjuntamente una venta de 31.056 entradas (gráfica 5); llevando a los demás equipos al Parque Santa Rosa llegó a un promedio de 10.308. A partir de 1954 y por diez años hizo aquel peregrinar: llegó a 11.842 entradas promediales en sus luchas con el grupo de clubes menores y a 33.065 en el Estadio.

En agosto de 1964 inauguró su estadio propio donde ha jugado invariablemente como local, respondiendo a una expectativa que le sindica como la institución en mejores condiciones para lo que los economistas llamarían "el despegue". En sus partidos con los clubes menores la media ha descendido respecto a la etapa del trashumante, volviendo a los niveles del Parque Santa Rosa, llamado también "parque canaleta" por los surcos que abrían las aguas de lluvia en la cancha. Pero la clave del sistema, como hemos visto está en los enfrentamientos con los clubes tradicionales: y aquí se registra una disminución respecto a las dos etapas anteriores: exhibe un promedio de 28.282.

Una merma de casi 4.800 entradas es grave, vista la sensibilidad extrema que hemos expuesto para esos dos partidos claves.

Su vecino Rampla Juniors debiera servirse de estas experiencias cuando piensa acometer el levantamiento de una nueva tribuna en su cancha. Con las viejas y desvencijadas tribunas de madera vendía las mismas 1.200 entradas promedio que coloca actualmente.

Esta resistencia de la gran masa de aficionados a trasladarse a otras canchas que no sean el Estadio Centenario confirmaría lo que decíamos: concurrir al fútbol es una costumbre, en la que, natu-



ralmente, influye el camino a recorrer, las comodidades que se ofrecen, etc.

La única forma de sostener que los estadios propios son un esfuerzo compensatorio, una apuesta al futuro, sería respaldar ese atisbo de buscar un camino propio denunciando enérgicamente el régimen. Claro que habría que comenzar por revisar el número de clubes. Y eso ya no conviene a nadie.

DE LA "ALEGRIA SEMANAL" A LA MUERTE CIVIL

Frecuentemente se oye hablar de un "tercer grande". Se piensa que coronando una nueva cabeza se hallaría una salida y se ha pensado, por sus limitados esfuerzos propios, en Cerro: es sólo un planteo idealista. Apelando a la medida ineludible del volumen de entradas, cualquiera puede sostener esa pretensión, desde que todos manejan aproximadamente el mismo número. Incluso Colón, en su fugaz aparición por la primera divi-

EL FUTBOL USA AL POLITICO

En general es fácilmente comprobable una vinculación del fútbol con la política. Y desde que el fútbol oficia de cortejado, la vinculación se amplía: "Los políticos usan al fútbol como trampolín".

Sin embargo, a través de las pocas ocasiones en que puede hacerse un contralor de esa influencia, pudo verificarse que la misma ha sido asombrosamente nula. Por ejemplo cuando el grupo de Luis Tróccoli —después de construido el estadio que lleva su nombre— tanto en elecciones internas del batllismo como nacionales, abrió los sobres depositados en la circunscripción electoral que funcionó en la misma sede del Club Cerro, apenas pudo convencerse de que fueran tan pocos.

Pensamos que los hombres dedicados a la política pueden usar del fútbol como cualquier otra persona: proporciona sin duda —y más que nada si se alcanzan posiciones encumbradas en los clubes mayores— un formidable medio de promoción. Pero ahí termina la influencia. Directamente con "los votos del fútbol", nadie ha conseguido posiciones de gobierno. Como tampoco ningún comercio funciona con "los clientes del fútbol" aunque lo atiendan los mismos jugadores, no ya los dirigentes.

Más bien se da la situación contraria: pensamos que por lo menos en nuestro medio es el fútbol quien se apropia de la política para usarla en su beneficio. Su grado de consolidación es tal que tiene toda una órbita independiente en la que se mueve sin interferencias. Y a ella atrae a quienes necesita.

sión A. La razón es aquella dependencia media del 66 % de los partidos con los grandes.

1950	31.504
1951	51.192
1952	30.801
1953	41.900
1954	33.067
1955	39.564
1956	44.402
1957	40.660
1958	37.879
1959	31.326
1960	84.271
1961	58.138
1962	42.740
1963	54.061
1964	35.828
1965	35.646
1966	46.941

Así por ejemplo la venta anual de entradas de Cerro da un promedio de 43.100 (ver cuadro), ligeramente superior a la media de sus colegas del grupo de ocho.

Se ha llegado a una situación "donde hay que hacer algo": ese "algo" fue la reforma proyectada por los miembros neutrales de la Junta Dirigente, en funcionamiento desde la temporada de 1969, en nuestra opinión invalidada porque sólo atendió al número de partidos de la actividad local. Un simplismo condenado al fracaso. No podían hacer otra cosa: no gobiernan, sólo reinan.

Nada permite demostrar que un Campeonato Uruguayo en tres ruedas como el proyectado pueda quebrar la esclerosis en que pervive el fútbol profesional.

Toda la situación que hemos expuesto lleva a la conclusión de que están desnaturalizados hasta los resultados de los partidos. Si a los clubes menores las victorias no les sirven nada más que para colgar algún cuadro en las paredes, está hondamente trastrocada la filosofía deportiva.

De ahí que año a año busquen desesperadamente —muchas veces ofreciendo sus jugadores a Nacional y a Peñarol— vender a sus defensores más destacados. Una gran parte de los rumores que van y vienen en cada período de pases nace en los círculos del grupo de ocho. Con esa venta se consiguen dos objetivos: tratar de solventar los presupuestos y, sobre todo, aunque esto no se vea claro, asegurar en definitiva la eterna imposición de los dos institutos mayores. Son éstos quienes tienen en sus manos las grandes corrientes de aficionados. Para cada club menor es preferible, más que conseguir montar buenos equipos, que lo hagan Peñarol y Nacional a la sombra larga de cuyo prestigio y masa de afición se cobijan.

Pero hasta el diablo es buen amigo sabiéndolo llevar. En la "filosofía de la facilidad" que gobierna el fútbol, sus conductores han encontrado por esta vía, aun dando tumbos, una forma de subsistencia.

Tal es la actitud profunda de los clubes menores. Porque ni siquiera aquellos a quienes puede adjudicarse cierta independencia para romper una situación de permanente asfixia —caso de Defensor, fiel a una tradición a la que responden dirigentes muy lúcidos, como Eduardo Rocca Couture— pueden salvar la honda contradicción que lo expuesto plantea.

¿Cuál es la razón para que esas instituciones hagan o pretendan hacer fútbol profesional? Desde que eligieron ese camino y lo mantienen, lo único razonable es suponer que lo hacen para proporcionar a quienes vistan sus colores el máximo de posibilidades. No consideramos acá todo el cuestionamiento filosófico acerca de ese hombre "espe-



El estadio "Luis Troccoli". El régimen condena al fracaso a los grandes esfuerzos de los clubes.

cializado". Se les paga para que se dediquen por entero a esa actividad. La compensación es alegrarse semana a semana con los goles conquistados. Pero en los hechos el esquema no funciona. Porque no se les puede exigir una entrega total desde que las remuneraciones no alcanzan: un gran porcentaje trabaja en otra cosa. Y tampoco se cumple, generalmente, ni siquiera el bajo pago convenido.

Además, sumergidos todos en un régimen donde hacer fútbol es una profesión, nadie puede impedir que el conjunto de jugadores de los clubes menores sueñen con pasar a alguno de los "grandes".

En cuanto al "reino de las alegrías semanales" más bien se asemeja a una forma de estoicismo. Porque al fin de cada temporada una urgencia quemante de dinero obliga, directamente obliga, a transferir los mejores jugadores. Y la hipótesis de una negativa crea en el jugador un desequilibrio difícil de sobrellevar, porque se trata de un trabajador acuciado por el paso de los días: depende de una flexibilidad articular que cada noche se pierde, imperceptiblemente, pero se pierde. Sin considerar la trampa de alguna lesión donde pueda dejar el pie.

Se vende para sostener el presupuesto y asegurar que los clubes mayores sigan ganando siempre.

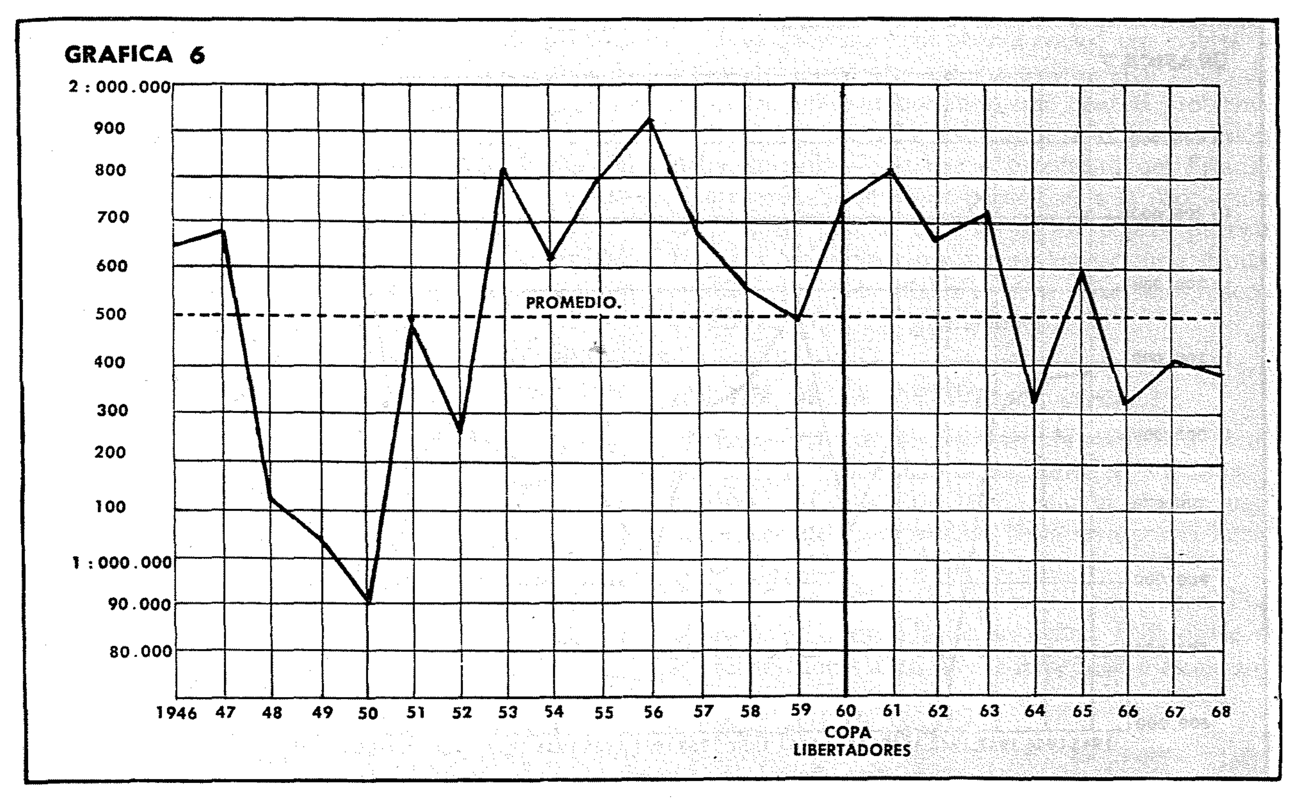


Si la salida de la situación no está en realizar una campaña deportiva excepcional —lo que sería el fundamento natural de toda competencia— y si además las alegrías de los seguidores son menguadas, hay que convenir en que el sector de clubes menores ejerce toda una filosofía estoica que comienza por suponer que el ordenamiento que nace en la Asociación es *natural*, vale decir más allá de la voluntad de los hombres, y termina en la absoluta indiferencia ante la situación: caminan hacia la perfecta insensibilidad. Una forma de muerte civil.

LA COPA "LIBERTADORES" Y SU SECUELA

Tradicionalmente Nacional y Peñarol, con esa masa de espectadores a su disposición, han organizado competencias internacionales, invitando a clubes extranjeros.

La primera gran experiencia fue la Copa Montevideo disputada en 1953: ese año la cifra total de entradas de fútbol vendidas de enero a diciembre fue de 1:849.488, cantidad sólo superada —hasta el año pasado— en 1956, en ocasión del Campeonato Sudamericano de Selecciones que dio lugar a la ampliación del Estadio Centenario, cuya vieja estructura venía del año 30, a la inauguración de su actual iluminación artificial y a la consagración de los uruguayos en aquella noche que los argentinos llaman de los cuchillos largos. (Estable-



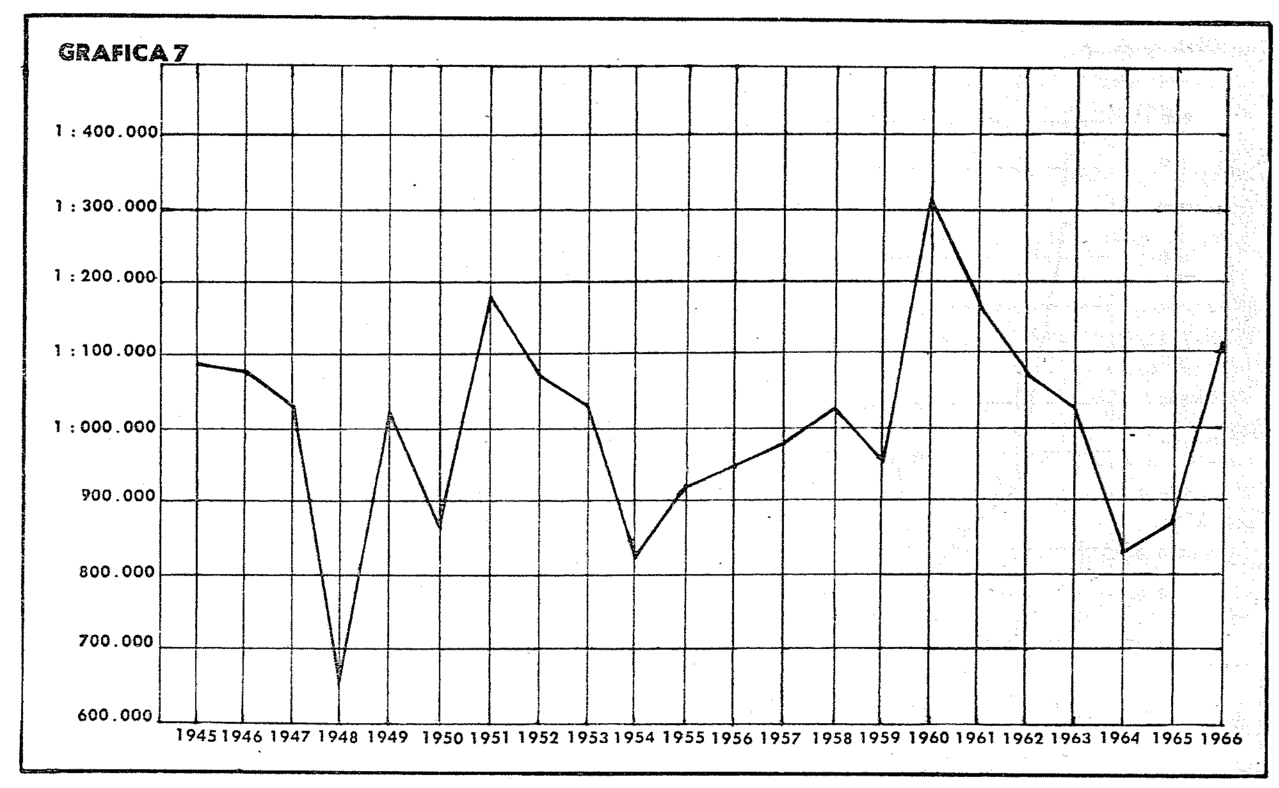
cemos que hemos obtenido la venta total de entradas en el departamento, en la Dirección de Espectáculos públicos de la intendencia. Manejamos las cifras a partir de 1946, año en que se sistematizó su control. Gráfica 6.)

La importancia del dato es extraordinaria: estaba invalidando todo lo que podría acontecer detrás de la Copa de Campeones que se instituyó en 1960 a nivel sudamericano. Sencillamente porque las cifras demuestran que toda la actividad local sufre una fuerte merma en función de la programación internacional que se realice el mismo año. Hay una relación directa entre el número y relieve de los partidos internacionales que se jueguen en Montevideo, y el volumen de la venta de entradas a los torneos locales.

Es absolutamente lógico que sea así desde que el fútbol no absorbe nuevos espectadores. Los que hay regulan su asistencia conforme a la presunta calidad del partido.

Esto contradice directamente toda una prédica diaria que atribuye a la hoy Copa Libertadores de América poderes milagrosos: tampoco ha conseguido quebrar la esclerosis de la concurrencia.

En la gráfica 7 está representado el volumen de entradas vendidas de 1945 a 1966. Del 45 al 59 sumamos dos torneos: las copas Competencia y Uruguaya. Pero a partir de 1960, cuando



aparece, agregamos el aparente "boom" de la Libertadores. El resultado es que el promedio de concurrencia se mantiene tercamente estática: la vida de la Copa Libertadores ha sido la muerte del Torneo Competencia. Nada más que eso.

Conviene aclarar el sentido del "pico" de 1960: esas 100.000 entradas más respecto al año anterior son "anormales" pues incluye aquellas 124.000 vendidas en la final diferida del Campeonato Uruguayo del 59 y el partido de desempate Peñarol-Cerro.

En los años considerados de la década del 40, el promedio de "consumo" de enero a diciembre en Montevideo, fue de 1:400.000 entradas. En los años 50, 1:560.000 y en lo que va de la década del 60 de 1:525.000.

Hay un retroceso aun en cifras absolutas respecto a la década anterior. Si se considerara el aumento de población las diferencias serían importantes.

Las consecuencias de la implantación de la Copa Libertadores en nuestro medio han llegado a todos los rincones del fútbol: no hay uno donde no se note su presencia.

Destrozó aquella Copa Competencia, primer certamen anual, en el que no regía el sistema de "locatarios" y por lo tanto todos pagaban entrada.

La consecuencia era que en esa rueda de partidos solían venderse más entradas que en cada una de las ruedas del mismísimo Campeonato Uruguayo (gráfica 8 donde se señala con trazo grueso los índices del Competencia junto a cada vuelta del Uruguayo). Pero al entrar a esta década, el primer año vendió 305.000 entradas e inició su desaparición: en 1965, 28.000 y en 1966 no se disputó.

Los clubes grandes han instalado algo así como una esclusa: lo que antes se llevaban todos ahora lo desvían a sus arcas. El resto retira un porcentaje de cada partido en Montevideo (4 %) que muchas veces significa, para sus posibilidades tan menguadas, cantidades nada despreciables. Se llegó a decir, con cierta base de seriedad, que a los clubes chicos les convenía, más que jugar entre sí, alentar la participación de Peñarol y Nacional en grandes partidos: sin ningún riesgo, el porcentaje es atractivo. Obsérvese cómo esta filosofía de la prosternación concuerda sin violencia con cuanto hemos venido exponiendo.

Una sociedad que abarca socios tan pobres y socios tan ricos crea un desequilibrio en favor de éstos. De ahí la importancia que tiene el problema —ventilado este año, en que venció la concesión del municipio— del uso o propiedad del Estadio Centenario. El hecho de pertenecer a la Asociación es el arma con la cual los socios pobres pueden forzar a los socios ricos a permanecer en la órbita común, que cada día más obra como un chaleco de fuerza sobre sus aspiraciones.

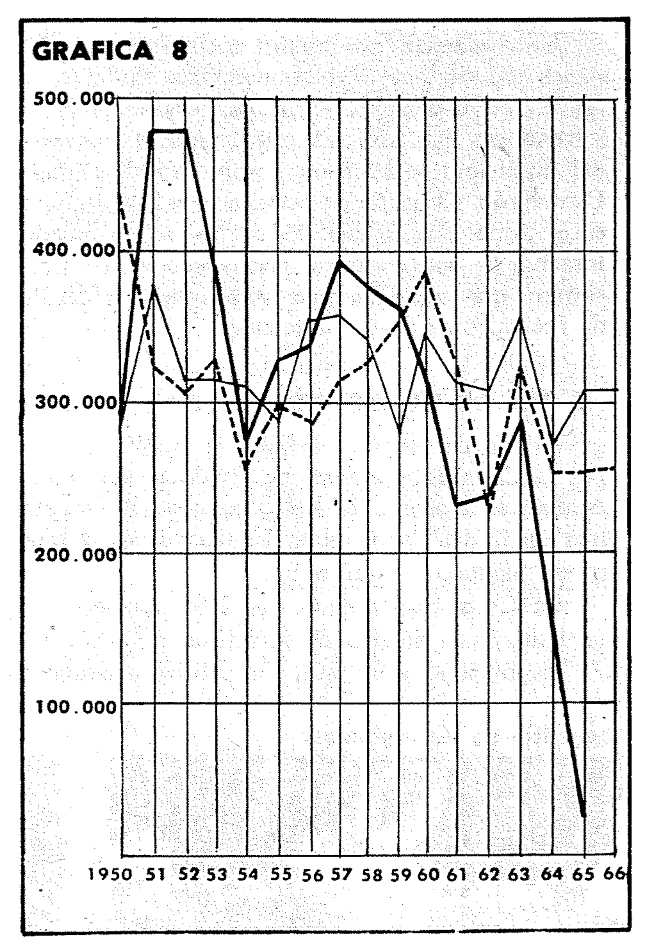
¿EL FIN DE LA ACTIVIDAD LOCAL?

Cercenada de un hachazo la actividad local por la Copa Libertadores de América, sus índices estaban a la altura de 1948, cuando sólo se jugó una rueda del Campeonato Uruguayo por la huelga de jugadores (gráfica 9).

La Copa creó además dos deformaciones. Por un lado, en la medida de sus éxitos, Peñarol elevó sus retribuciones a un nivel competitivo a escala in-

La copa Libertadores subvirtió la actividad local en beneficio de los "grandes"





ternacional, desenfreno al que también arrastró a Nacional porque cada uno de los clubes grandes es extremadamente sensible a lo que haga o deje de hacer el otro.

Naturalmente que sus presupuestos no pueden ser cubiertos por la actividad local ni por las cuotas sociales: hay que competir fuera del país en procura de dólares. Pero en la otra punta del grupo de clubes menores necesita como del oxígeno su presencia en Montevideo, porque de otro modo la actividad muere por inanición.

El gran proceso de la Copa Libertadores de América debe centrarse en que, al incrementar desproporcionadamente los presupuestos de los clubes mayores (Peñarol, por ejemplo, en la temporada 1969 debería recibir líquidos más de $ 500.000.— diarios), produjo un desplazamiento de toda la atención futbolística del país. Por eso desde 1960 la presión sobre la regularidad y jerarquía del Campeonato Uruguayo viene aumentando. Es imprevisible saber hasta dónde se llegará. Pero en última instancia a las grandes instituciones les conviene cada día menos permanecer en Montevideo, inmovilizando equipos extraordinariamente costosos, en una plaza que no guarda ninguna relación con ese costo. Lo que sucede en 1969 al confeccionarse el calendario de partidos del torneo uruguayo es aleccionador: para que termine antes del 31 de diciembre se jugarán treinta partidos entre semana. Los contratistas ya anuncian para enero una nueva Copa Montevideo. La Libertadores espera después su turno.

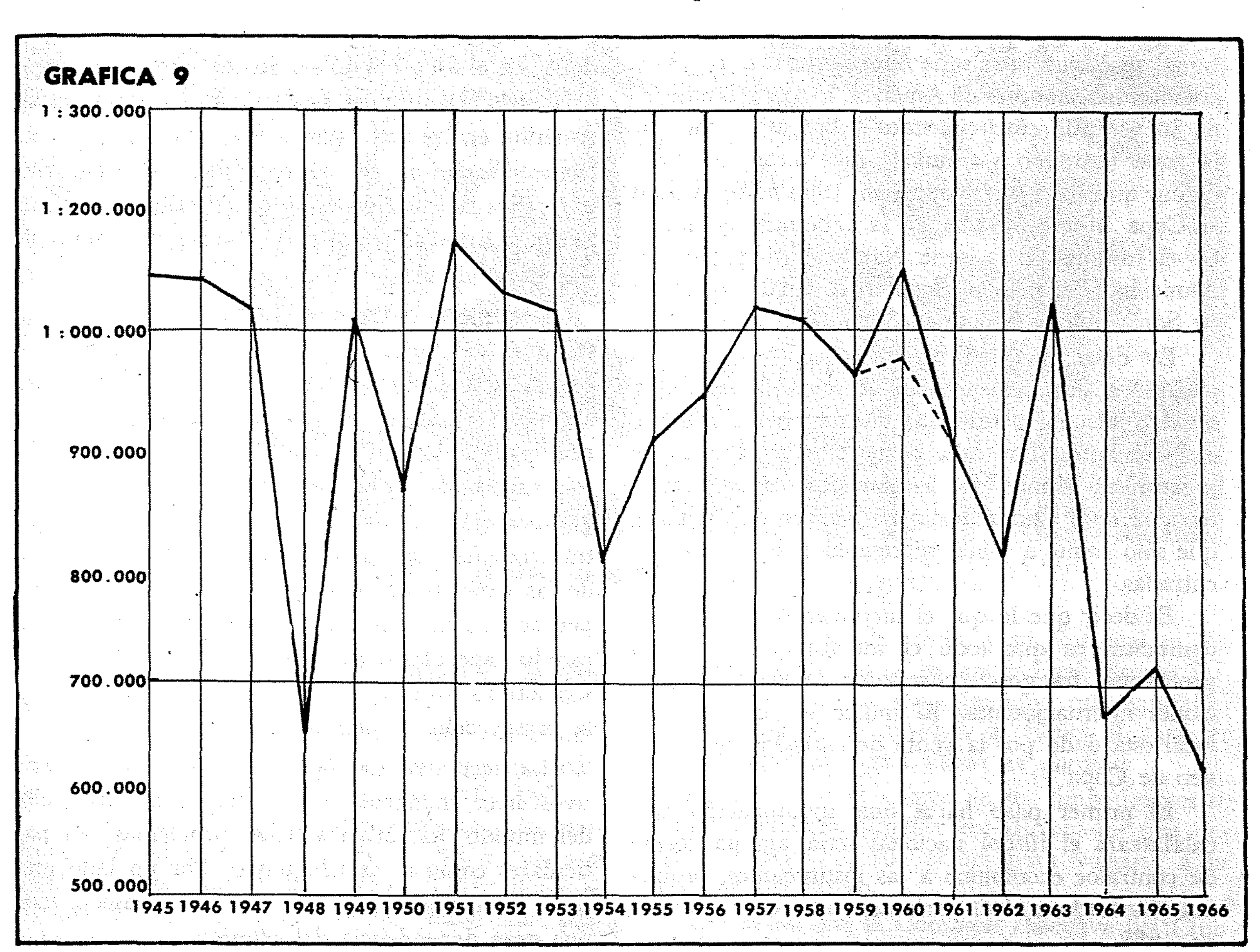
LA REFORMA NO SERVIRA

Así planteadas las cosas, para la temporada de 1969 se llegó a un acuerdo en base a la prolongación de la actividad local. La temporada se inaugura con un Torneo llamado de Copa, donde participan los diez clubes de Primera A y seis de la B. A partir de agosto se juega un Campeonato Uruguayo más largo. Las dos primeras ruedas serán las acostumbradas, pero luego vendrá una tercera donde título y descenso serán definidos por dos grupos de clubes: los seis primeros por un lado y los cinco siguientes por otro, desde que este año son once los clubes y no diez, por el ascenso de Danubio a través del mecanismo del Torneo de Copa.

En el aspecto que podríamos llamar "formal", un equipo más y este régimen con mayor número de partidos, choca de frente con las necesidades de programación internacional de los clubes mayores: básicamente, con su participación en las Copas Montevideo y Libertadores. De ahí la necesidad de jugar entre semana, con el resultado económico imaginable.

Pero hay otra cara de la cuestión: el simplismo que significa sólo aumentar el número de partidos para solucionar problemas tan complejos y que esencialmente requieren salidas de otro tipo. El fracaso hay que anunciarlo desde ya.

En agosto la Junta Dirigente anunció un aumento formidable en la venta de entradas. En los primeros seis meses del año 68 se habían ven-



dido 570.869, mientras que en igual período de esta temporada se vendieron 1:024.914: un incremento casi del 80 %.

El hecho fue calificado de "auspicioso", aunque yendo más abajo de las cifras para tratar de establecer cuáles han sido las razones del auge el adjetivo ya no cabe. En 1969 la disputa de la Tercera Copa Montevideo promovió un enorme interés, incluyendo un partido Peñarol-Nacional. Luego se disputó otra serie internacional a través de la Copa Libertadores de América, lo que originó nada menos que cinco partidos "clásicos". Dos por la serie (primero y último), más otros tres para definir quién era su ganador. En 1968 no se disputó la Copa Montevideo. Y en la Libertadores quedó en el camino de la serie Nacional al perder en Asunción. Peñarol no llegó a la final derrotado en San Pablo y Montevideo por Palmeiras.

Es decir ninguno de los equipos uruguayos alcanzó a llegar a la final al revés de este año donde Nacional perdió esta última instancia frente a Estudiantes. Por otra parte esta temporada se jugaron en Montevideo los partidos correspondientes a la serie Eliminatoria del Torneo del Mundo, que sólo frente a Chile representó más de 60.000 entradas.

Es decir que lo que el incremento básicamente demuestra es que todo el andamiaje del fútbol profesional ha girado alrededor de las confrontaciones internacionales. El índice de la actividad local está dado por la venta de entradas del "Torneo de Copa".

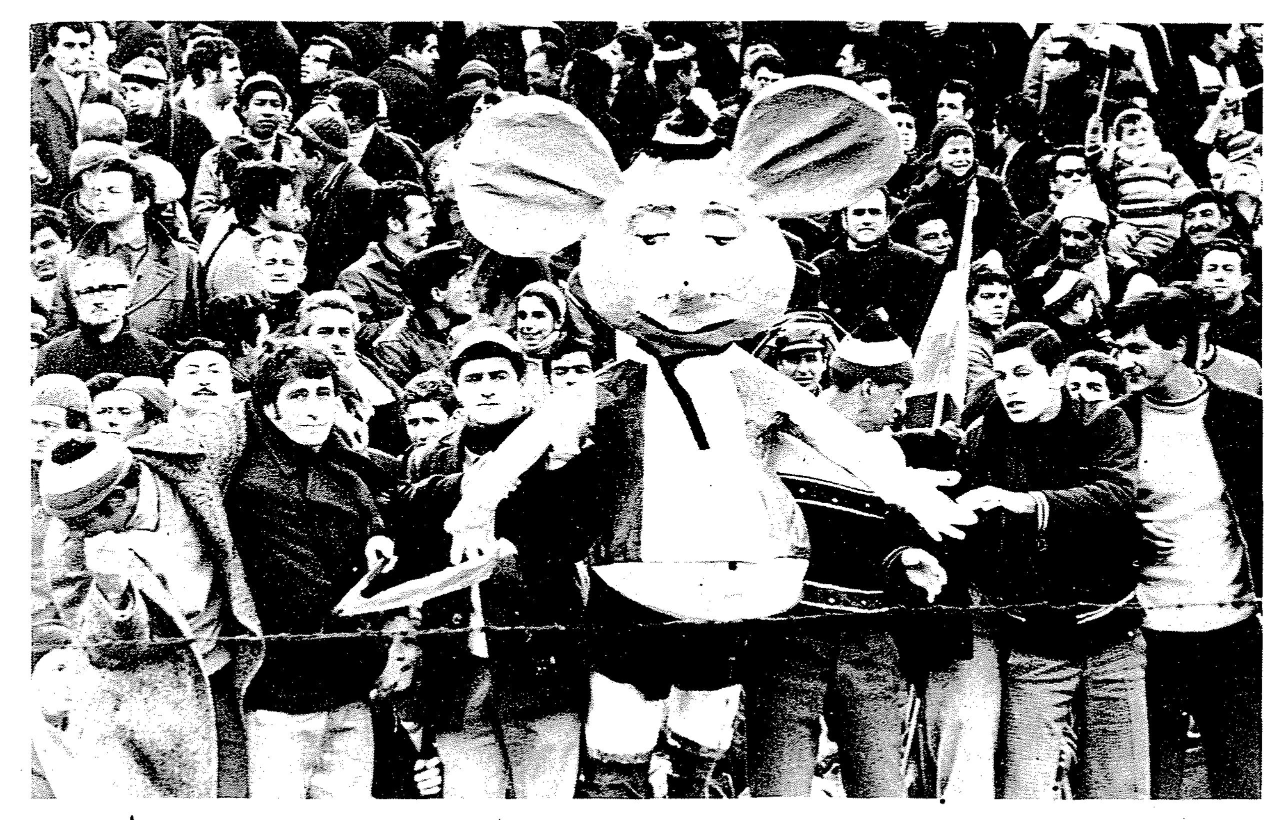
El primer paso hacia una modificación que calafateara el fútbol nacional sería alguna forma de contralor económico a las instituciones, problema planteado a nivel parlamentario en Inglaterra en 1968.

"Grandes" y "chicos" arman sus presupuestos sobre una estructura aleatoria: el posible monto a recaudar.

Ya analizamos la debilidad intrínseca de los clubes menores. Los otros dos tampoco escapan a esa regla. Tal el caso de Peñarol, que vive a mediados de 1969 una situación alarmante por aquel desenfreno en las retribuciones y el costo de transferencias obtenidas en el mercado internacional, es decir, en el área del dólar. Sin haber podido llegar a las instancias finales de la Copa Libertadores de América en las tres últimas temporadas, sufre una tremenda merma en las recaudaciones. También para ellos la situación es de difícil salida: ya vimos lo que acarreó la victoria al elevarse el presupuesto a niveles siderales.

Si se pierde porque se pierde, si se gana porque se gana. ¿Cuál es la salida? No hay salida en el estado actual de las cosas. Como vía de escape apareció Nacional organizando en su favor una rifa gigantesca que también ahora anuncia Peñarol, superando a la de aquél. Es decir que los grandes clubes parecen insinuar un apartamiento trascendental de los límites que las recaudaciones de las canchas de fútbol les imponen. Sería lícito pensar que por este camino pueden terminar haciendo especulaciones inmobiliarias o de bolsa, o solicitando autorización al Poder Ejecutivo para la prospección de petróleo por su cuenta.

La necesidad de ingeniarse para buscar paliativos hace milagros. A ninguna gran institución del mundo del fútbol acucian problemas tan particulares como a las uruguayas. Por un lado mercado reducidísimo y por otro su consecuencia: una gran dependencia del exterior.



Huracán Buceo devolvió al fútbol su perdido carácter de fiesta

HURACAN BUCEO

¿Qué ocurrió con Huracán Buceo en la temporada de 1968?

Establezcamos para comenzar que esa temporada registró una venta anual inferior a la media de la década: 1:400.000 frente a 1.500.000.

La sensibilidad de la plaza respecto a los partidos internacionales está probada. No en vano el promedio por partido de la Copa Libertadores es de casi 35.000 entradas. En 1968 hubo once partidos pretemporada menos debido a que la Libertadores acortó su desarrollo y ni Nacional ni Peñarol estuvieron en la instancia final. Eso se tradujo en una mayor disponibilidad que capitalizó Huracán Buceo al devolver al fútbol el carácter de fiesta que de algún modo ha perdido.

Es decir que el aporte de sus simpatizantes se reclutó fundamentalmente en aficionados que dejaron de seguir a sus clubes para volcarse a la caravana del Buceo.

Tan es así que la Comisión Directiva del Club Nacional, que cedió el Parque Central para la

mayoría de sus partidos, llegó a llamarle la atención sobre el hecho de que jugaran el mismo día que el viejo club. El aporte de caras nuevas que pueda haber hecho Huracán Buceo no compensó al parecer el desinterés de algún otro sector.

POBLACION Y JUGADORES

El otro ángulo desde donde puede observarse la relación población-fútbol se refiere a esa masa como cantera de la que se extraen los jugadores. Vimos el problema de la tasa de crecimiento vegetativo, una de las más bajas del mundo, y las pesimistas previsiones para los próximos quince años, que indican una constante disminución. En 1908 el país disponía de una población menor de 15 años que representaba el 40,9 % del total. En 1963 ese segmento se había reducido al 28,3 %.

El fútbol es un fenómeno urbano. Como tal corresponde a Montevideo, sobre todo, ser el gran proveedor de aspirantes a cracks. El censo revela que apenas uno de cada cuatro de sus habitantes tiene menos de 15 años, entre otras cosas porque, según especula el Instituto de Ciencias Sociales de la Facultad de Derecho, el índice de natalidad es menor en Montevideo que en el resto del país.

Son cosas de este tipo, de este peso irrefutable, las que debieran determinar toda la política del fútbol, supuestamente orientada a proteger el cascarón que guarda a todo futuro jugador, a fin de asegurarlo para la causa.

Parece elemental otorgar a las divisiones inferiores toda la preponderancia que tienen, como que allí se juega el futuro de toda la actividad: sin jugadores no hay juego. No se necesita ser muy entendido para tener una idea de la situación de este otro reino del caos.

Los clubes mayores argumentan "no poder esperar". Necesitan alinear al crack de cualquier



La primera visita a una redacción. Los clubes no pueden esperar a que estas caras nuevas "lleguen".

manera. Todo el peso de una historia que nació antes del siglo está ordenando que Peñarol y Nacional sólo se sientan "realizados" obteniendo el título de campeón sea donde sea. Es la exigencia del aficionado, del dirigente y de los medios de comunicación.

Por distintas razones los tres están imposibilitados de "esperar" un período prudencial de maduración del jugador. El hincha por su propia condición. El dirigente porque su vanidad no soportaría la derrota durante su mandato como forma de asegurar días venturosos para otros. Y los medios de comunicación porque "están hechos para vender": a su manera ellos también apuestan al triunfo de los grandes.

En cuanto a los clubes menores las deformaciones financieras y económicas que les abruman para sostener a duras penas los titulares, invalidan to-

esfuerzo distinto. Hasta ahora ninguno ha jugado su suerte a la formación de jugadores y su venta posterior, otorgando recursos a un técnico capacitado que se encargara sólo de detectar la cotizada radioactividad estelar.

SOLO EL 8% NO JUGO NUNCA

Hemos realizado un muestreo acerca de la práctica del fútbol en algunos liceos de Montevideo y en el departamental de Florida. Aunque reconocemos su insuficiencia, queda como una inquietud cuyo valor mide más que nada el pavoroso desinterés del mundo del fútbol por racionalizar su proceso. Hay por otra parte una notable semejanza entre sus resultados con el trabajo que publicara en 1960 el diario "El País" a través de una encuesta del Instituto Uruguayo de la Opinión Pública.

Auscultar la población liceal es importante, ya que el 77 % de los niños que egresan de Enseñanza Primaria ingresan al liceo y sólo el 23 % va a la Universidad del Trabajo. Los liceos agrupan pues un enorme porcentaje de la población joven. En esa elección pesan factores económicos ya analizados por los sociólogos. Las respuestas entonces corresponden a un núcleo donde generalmente no se toma al fútbol como salida a las penurias personales: es escaso el número de jugadores de primera división que han cursado liceo.

Encuestamos grupos tomados al azar de los liceos Nº 9 en Colón, Nº 21 en Arroyo Seco y Nº 11 en el Cerro. Los elegimos para tener una muestra de tres zonas distintas: una alejada, otra típicamente urbana y una tercera singularizada por la región proletaria donde está asentada, lo que nos permitiría paralelamente conocer la influencia del "cuadro del barrio".

El total de encuestados masculinos fue de 194 alumnos, con un promedio de edad de 15 años. De ese núcleo contestaron por escrito a través de un formulario no haber jugado nunca, sólo 16 o sea el 8 % aproximadamente. Sin duda Uruguay dispone de un deporte de masas a pesar de la falta de planes gubernamentales y de la escasez de recursos.

Esto destruiría —sujeto a otras confirmaciones— la aseveración diaria de que se juega menos que antes: por lo menos entre el fin de la infancia y la adolescencia se juega tanto como en los años diez.

Desde el punto de vista deportivo habría entonces una constante en nuestra sociedad, que sería la práctica masiva y consuetudinaria del fútbol.

Pero sucede que ya a los 15 años se plantea el problema de seguir jugando o abandonar: ésa sería la edad crítica para el fútbol y la que tendría que merecer toda la atención de sus responsables. La gran mayoría de quienes dejaron de jugar (casi el 85 %) lo hizo a los 15 años. Y el total de quienes dejaron es el 35 % de los encuestados.

En cuanto a las razones de ese abandono, se dividen así:

— Un 60 % lo hizo por falta de tiempo, que se subdivide en trabajo (un 80 % de ese 60), estudio, otras actividades sin especificar y otros deportes, en ese orden.

— Un 35 % por falta de interés, que se subdivide en falta de interés propiamente, falta de condiciones para jugar al fútbol y en general para todos los deportes.

— el 5 % restante dejó de jugar por problemas físicos.

Una de las razones de la disminución del número de jugadores captados por los clubes podría radicar en que el trabajo requiere tempranamente el concurso de los jóvenes. La diferencia de las cifras entre los años diez y sesenta estaría en parte



Un deporte de masas: el 92 % de la población mascullina, alguna vez, en algún lugar, ha jugado fútbol.

dada por este dato: la vida tiene otras exigencias apenas traspuesta la infancia.

La otra razón estaría en el 57 % que continúa jugando. Preguntados si sus miras eran convertirse en jugadores profesionales de fútbol, casi un 46 % respondió que no. ¿Causas? En su inmensa mayoría (83 %) no desean la experiencia en las marginadas divisiones inferiores a las que en general consideran desorganizadas, caóticas. Prefieren hacer del fútbol sólo un solaz, un medio de reunirse con amigos. Tiene para ellos al parecer un sólo carácter: divertirse en un juego colectivo.

En cuanto a estas respuestas críticas téngase en cuenta que se trata de población liceal. Sería distinto tal vez a la que se recogiera entre jóvenes no estudiantes o en la Universidad del Trabajo.

Curiosamente —a pesar de que la pregunta se planteó expresamente— en ninguna de las zonas se arguyó "falta de sitio para jugar". Parecería que manteniendo el interés por hacerlo, la distancia a recorrer no es un obstáculo insalvable. Sin duda el "campito" junto a la casa ha sido un gran aliado para extender la práctica, pero los jovencitos de hoy parecen ser lo suficientemente independientes como para atravesar la ciudad —caso de los alumnos del Liceo de Arroyo Seco, en la calle Enriqueta Compte y Riquet— en busca del "espacio vital".

UNA CIUDAD DEL INTERIOR

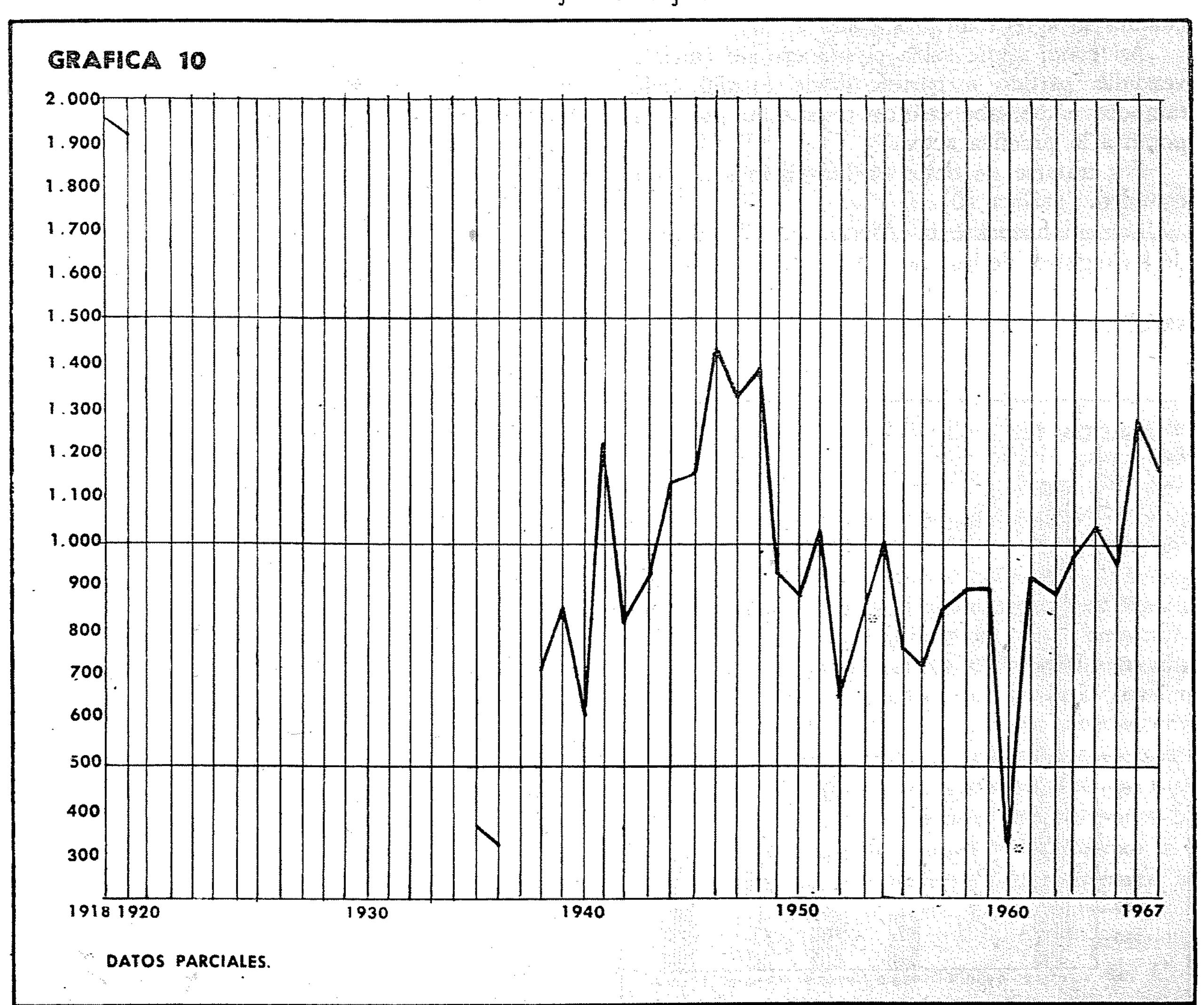
Sólo hemos podido llegar hasta Florida con nuestros formularios a cuestas. Proporcionamos los datos obtenidos en el liceo departamental de una zona donde se conjugan casi todas las modalidades agroeconómicas. Florida tienen un área lechera de suministro a la capital; una zona subdividida con mezcla de viñedos, frutales, hortalizas, cría de aves, cerdos, etc., una tercera zona de ganadería extensiva; y una cuarta área heterogénea.

Encuestados 47 alumnos con un promedio de

16 años, sólo 4 (el 8,51 %) no jugaron nunca. Obsérvese el paralelismo con Montevideo.

En cuanto al promedio de quienes dejaron es mucho menor: un 20 % frente al 35 % de Montevideo. La carencia de fuentes de trabajo parece determinar "una prolongación de la infancia" medida en años de dedicación al fútbol.

El 80 % de quienes dejaron de jugar lo hizo por falta de interés. Sólo el 11 % abandonó para trabajar.



LA VERDAD DE LAS CIFRAS

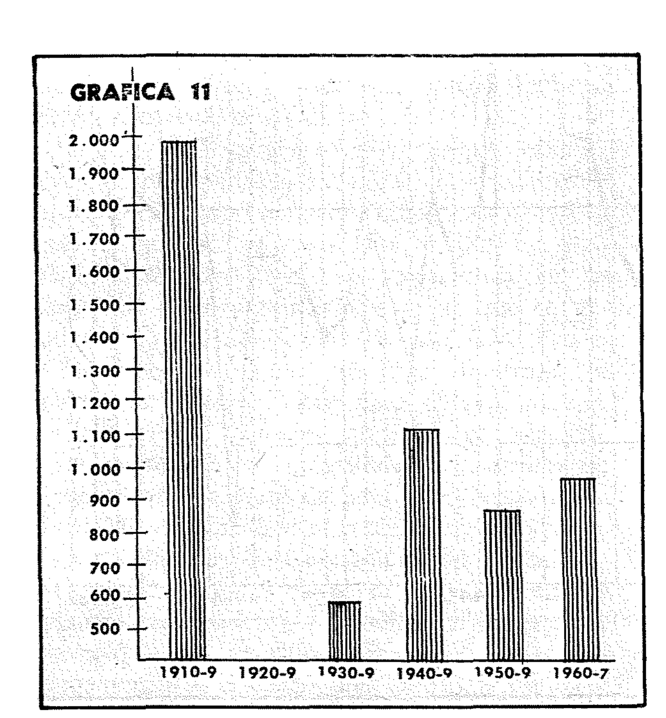
También en las oficinas de la Asociación Uruguaya de Football hemos revuelto viejas carpetas para conocer cuál ha sido en cada temporada el número de jugadores inscriptos. Es decir, saber cuántos se agregaban año a año al fútbol mayor.

Así como nadie sabía el número de entradas vendidas partido a partido desde el año 1945, tampoco nadie sabe cuántos muchachos se incorporan a la práctica activa.

Por tratarse de datos inéditos damos la tabla completa (gráfica 10).

Lamentablemente la Asociación sólo dispone de los registros de los años 1918 y 1919 y después recién aparecen los de 1935, faltando el del 37. El hecho es deplorable porque los índices de 1918 y 1919 son de gran elocuencia: en 1918 se incorporaron 1.967 jugadores y al año siguiente 1.952. En 1967 el registro fue sólo de 1.181.

Al margen de la formidable diferencia entre la población de una y otra ciudad, hace cincuenta años se podían hacer, sólo con los nuevos jugadores fichados, casi 88 equipos más que hoy.



El promedio de cada década es aleccionador (gráfica 11). En los años diez los datos que disponemos muestran una media de 1.959. En la década del treinta es de 564. En la del cuarenta de 1.100. El promedio de los años cincuenta es de 850 y en esta década del sesenta de 941.

NO SE JUEGA MENOS: LLEGAN MENOS AL FUTBOL MAYOR

La conclusión primaria sería la tantas veces repetida: se juega menos al fútbol. Sin duda la ciudad de los años diez no es la de los sesenta. Amos de calles, plazas y aceras, los jóvenes de entonces jugaban de la mañana a la noche. Tampoco existían los cantos de sirena de los cines, de las playas aún no descubiertas como sitios de recreo masivo ni de las seriales de televisión.

Sin embargo, a través de una investigación que hemos realizado entre jóvenes en edad liceal, el auge del fútbol no parece haber disminuido: lo juegan o han jugado prácticamente el cien por ciento de los encuestados. Saltando sobre vallas al parecer infranqueables ha conseguido permanecer por encima del tiempo y sus mutaciones erigiéndose como la actividad nacional más representativa, guste o no a asépticos intelectuales que fingen ignorarlo.

¿Por qué entonces esa disminución en el número de fichados? Aclaremos que la distinta composición

AÑOS	Nuevos jugadores inscriptos	AÑOS	Nuevos jugadores inscriptos	AÑOS	Nuevos jugadores inscriptos
1935	379	1946	1.422	1957	842
1936	316	1947	1.345	1958	888
1937	——	1948	1.440	1959	884
1938	703	1949	939	1960	(*) 340
1939	858	1950	884	1961	921
1940	645	1951	1.041	1962	873
1941	1.231	1952	646	1963	966
1942	813	1953	(*) 805	1964	1.011
1943	920	1954	1.016	1965	959
1944	1.113	1955	751	1966	1.280
1945	1.137	1956	721	1967	1.181

(*) Datos sólo parciales.

que se comprueba en la "pirámide" de la población por edades no es decisiva.

En efecto, si bien la disminución constante del crecimiento vegetativo por la merma de nacimientos tiende a disminuir la proporción de la población joven, la diferencia del número de habitantes en estos cincuenta años alcanzaría para alimentar una inscripción que en números absolutos tendría que ser superior a la registrada en los años 18 y 19. Dicho de otro modo: si bien los jóvenes son proporcionalmente menos, en 1918 la población era de 1:340.000 y en 1967 es de 2:800.000, razón por la cual son más, numéricamente más que en aquella época.

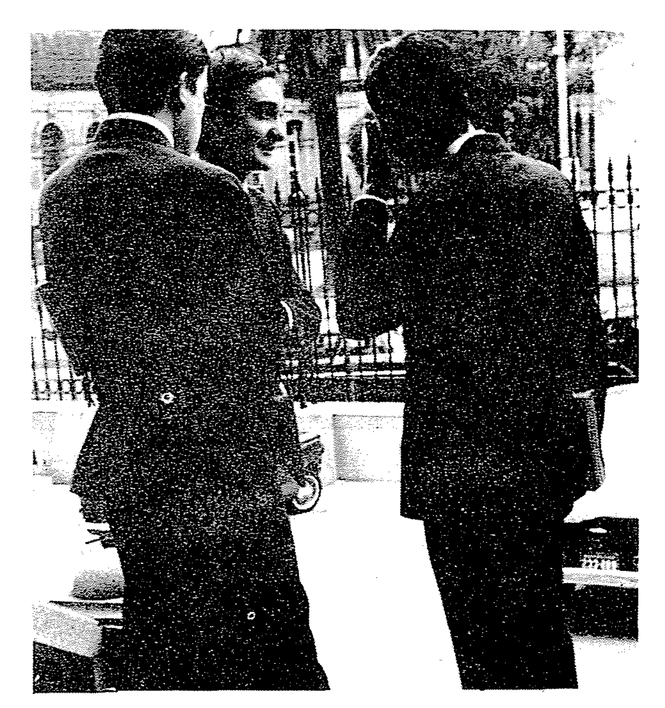
Según el censo de 1908 la población masculina entre 15 y 24 años —edades límite aproximadas para ingresar a un club— era de 110.000. El censo de 1963 reveló que ese sector de población ascendía a 205.000. Es decir que para mantener la proporción de inscriptos de aquella época tendrían que anotarse hoy en la Asociación alrededor de cuatro veces más. Es decir, una media de 4.000 en vez de los magros 941.

EL LICEAL COMO ESPECTADOR Y COMO PARTIDARIO

En Montevideo, de ese par de centenares de jóvenes liceales contestó que concurría semanalmente a ver fútbol casi un 20 %. En Florida la concurrencia alcanza al 55 %, lo que podría explicarse por lo poco que ofrecen pueblos y ciudades del Interior en materia de diversiones y entretenimientos.

Esa masa ausente en la capital de más del 80 % constituye un problema grave. Preguntados expresamente cómo influía el beneficio acordado por la dirección del fútbol rebajando las entradas para estudiantes, el 90 % contestó desconocer tal cosa. Otra muestra de las tremendas contradicciones del fútbol, que acuerda un beneficio pero que no lo hace conocer a los interesados, cuando bastaría imprimir 2.000 volantes y distribuirlos en los treinta liceos de Montevideo. ¿Alguien puede asegurar que el fútbol tiene propaganda?

El precio de las entradas ocupa el primer sitio entre las causas de inasistencia: cerca del 45 %. La falta de interés en los partidos viene detrás:



Programando el fin de semana.

el 30 %. La idea de desorganización le sigue en porcentaje: un 18 %. La presunción de estafas a través de "resultados acomodados", la falta de tiempo y otros factores completan el panorama.

La forma en que está dividida la preferencia por los clubes parece atentar contra otro lugar común: el que sostiene que la sucesión de victorias asegura generaciones de hinchas.

La década del sesenta tiene color peñarolense: sin embargo los partidarios de Peñarol son el 33,33 % mientras los de Nacional forman el 30,30 %.

Es curiosa la explicación de las razones del partidarismo: los de Peñarol en su mayoría (56 %) lo atribuyen a los triunfos. Por su lado quienes se inclinan por Nacional apelan a la tradición. ¿Insinúan cierta medida de independencia de opinión al no dejarse llevar por la corriente fácil de la victoria? Obsérvese que con una edad promedio de quince años, desde los cinco han oído el pegadizo canto a las gestas peñarolenses.

Parecería además descartada —por lo menos a esta edad— la pretensión tantas veces expresada por las grandes instituciones de representar "la mitad más uno" del país. Si bien juntos componen una abierta mayoría, individualmente representan nada más que "las mayores minorías".

La zona geográfica parece tener importancia en un partidarismo que no puede escapar al peso de los clubes mayores. Así por ejemplo en el Liceo Nº 11 Cerro recoge un 12 % de opinión y Rampla Juniors un 5 %, pero no consiguen alinear ningún partidario en Colón ni Arroyo Seco. Wanderers aparece con un 2,43 % proveniente del Liceo Nº 21 y hay un 1,80 % de Liverpool recogido en el 11 y en el 21. Racing, afincado en Sayago, recluta también el 1,80 % en Colón. Los otros clubes de la zona del Prado (River Plate y Bella Vista) representan el 1,21 % de opinión en Arroyo Seco y hay un pequeño porcentaje para Progreso proveniente del Cerro (el 0,60 %). No aparecen partidarios de clubes de barrios lejanos como Defensor, Danubio, Central, Sud América, Huracán Buceo, etcétera.

Teóricamente el fútbol no tendría que temer al futuro. Lo sostienen una praxis increíblemente casi unánime y una población sensible a sus realizaciones. Las barreras, las trampas, la imposibilidad que pueda sobrevenir son resultado de su propio desorden, de sus profundas contradicciones, de sus desgarramientos internos, de su incapacidad para orientarse, de lo que en definitiva no es sino fiel espejo de una situación social a la que no puede escapar.



Curiosamente, los triunfos no parecen atraer nuevos partidarios.

LA ASOCIACION Y LOS IMPUESTOS

En el mes de abril la Suprema Corte de Justicia falló a favor de la Asociación Uruguaya de Football un pleito iniciado por el municipio por cobro de impuestos.

El proceso es la culminación de un episodio curioso. Anualmente el fútbol retenía el monto de los impuestos municipales: los cobraba pero no los vertía. Al término de cada ejercicio la Junta Departamental resolvía "subvencionar" al fútbol con una cantidad equivalente a los impuestos retenidos. Existía algo así como un "pacto de no agresión". Eso funcionó hasta que un buen día alguien llegó a saber que la Junta no continuaría esa política de paz, o pensó que había llegado el momento de dejar establecido que al fútbol —por disposición constitucional— no correspondía pagar un centésimo de impuestos. Se entiende —incluso por la Suprema Corte— que es de aplicación la norma de la constitución que exonera del pago de impuestos a los organismos culturales.

El fútbol profesional aparece así en el país asimilado a cualquiera de estos organismos de acuerdo con la definición clásica de "cultura física", problema del que nos ocupamos aparte.

Tal vez también haya incidido en la postura asociacionista la tesis del doctor Juan Jacobo, quien —cuando se plebiscitó la reforma constitucional de 1952— interpretó que la disposición que exonera de impuestos al fútbol era derogatoria de todas las anteriores.

El mismo año la Asociación comenzó a no pagar gravámenes de ningún tipo: hoy los partidos sólo están sujetos a la tasa por permiso municipal (sellados, timbres, etc.) que representan unos pocos cientos de pesos.

El pleito que liquidó este año la Suprema Corte en favor de la Asociación, respondía a una embestida del ex-intendente Glauco Segovia quien le intimó el pago de decenas de millones de pesos.

Para la intendencia quien pagaba el impuesto era el espectador y no la Asociación, que sólo lo recaudaba. La exoneración impositiva que beneficia a ésta no podía extenderse —según el municipio— a los espectadores. "Nosotros no gravamos a la Asociación sino al espectador. Lo que hacemos es percibir el impuesto a través de ella porque sería imposible cobrarlo a cada persona que va semanalmente al fútbol por otro medio que no sea ése", argumentó la intendencia.

La consulta del doctor Valdés Costa agregada al juicio que también inició la Cruzada Antituberculosa, citaba una jurisprudencia de la Suprema Corte de Estados Unidos, señalando que la retención fiscal impuesta



Un gol, honor del "pago".

al agente recaudador debía tener como fuente sólo al sujeto pasivo, porque de lo contrario sería transformar al recaudador en deudor. Un caso similar al que podría plantearse en los templos, también exonerados, si se decidiera cobrar a cada feligrés una prima y luego se exigiera al sacerdote, rabino o pastor, el pago de las cantidades correspondientes a las personas que entraron. Entendió la Suprema Corte que la Asociación, librada directamente de impuestos, no podía ser gravada en forma indirecta. Algo similar sucedió hace unos años con los clubes a quienes la Caja de Jubilaciones gravaba por las tarjetas sociales, disposición que luego se derogó: se hacía indirectamente lo que estaba prohibido hacer directamente.

También los clubes están exonerados de los aportes jubilatorios patronales y de asignaciones familiares, de acuerdo con una disposición de la Ley de Ordenamiento Financiero de 1960.

Más aun: tampoco pagan el aporte creado por la ley de viviendas.

Pero el problema más trascendente de cuantos se han planteado en el fútbol en lo relativo a pago de impuestos tuvo lugar con el destinado a la Cruzada Antituberculosa. Para justificar un aumento en las entradas, la Asociación resolvió a cierta altura detallar en cada talonario los impuestos que la gravaban. Hasta entonces se pagaba una cantidad global, indiscriminada. La Asociación —generalmente bastante laxa en sus compromisos con la comunidad— siguió recaudando sin verter un impuesto que desde su nacimiento se prestaba a confusiones: la ley que creó la Cruzada exoneraba a texto expreso "las entradas de fútbol populares" lo que motivó una polémica respecto a cuáles se entendían como tal. Como se recordará el pleito también fue fallado en favor de la Asociación por las mismas razones de fondo: no se puede gravar indirectamente lo que está previsto que no ha de hacerse por vía directa.

Lo cierto es que la Asociación —mientras no tuvo apremios económicos— no defendió principios que después parecieron serle muy caros. Estrictamente debió devolver a la comunidad, a través de alguna obra de interés general relacionada con el deporte, la instrucción o la salud pública, las enormes sumas que recaudó en nombre de una acción de protección social, para luego quedarse con ellas.

EL FUTBOL EN EL INTERIOR

El fútbol del Interior — nacido bajo el empuje de los mismos factores que el de Montevideo, es decir, la presencia inglesa inicial — recibió también la influencia de Buenos Aires y el litoral argentino.

El punto de partida de una unidad parcial de esfuerzos podría situarse en la fundación y desarrollo de las Confederaciones. La del Litoral fue la primera —en la década del treinta— y luego siguieron la del Sur, la del Este y la del Norte. Esencialmente estos organismos regionales agotaron su esfuerzo en lo deportivo, y —a pesar del éxito en este terreno— no pudieron conmover la indiferencia de la Asociación Uruguaya de Football hacia los reclamos, necesidades y aspiraciones del fútbol del Interior, sobre todo cuando en los primeros años de la década del treinta Montevideo resolvió profesionalizar su fútbol. En un célebre informe de la Liga Departamental de Treinta y Tres inmediatamente anterior a la fundación de la Organización del Fútbol del Interior (OFI), se describe así la situación: "En el aspecto orgánico e institucional la Asociación Uruguaya de Football, como casi todas las agrupaciones del país que se designan asimismo «uruguayas», no es en verdad más que una agrupación de carácter departamental, surgida históricamente con anterioridad a sus similares de otros departamentos y con una constitución orgánica, en consecuencia, de carácter puramente local. El desarrollo del fútbol en el Interior trajo por consecuencia lógica el surgimiento de agrupaciones departamentales las que por su escaso desarrollo y necesidades prácticas de funcionamiento debieron «afiliarse» a la Asociación Uruguaya de Football que hasta ese momento no era más que montevideana. Al final de este proceso tenemos en la actualidad una entidad principal constituida en forma híbrida: por un lado integrada por los clubes de Montevideo que practican fútbol y por otro, a manera de apéndice, por todas las Ligas Departamentales del Interior".

Se había intentado superar esta contradicción por mínimos esfuerzos de la Asociación —siempre dispuesta a enfrentar a quien cuestionara algunos de sus reales o presuntos derechos—. Así funcionó lo que se llamó "Oficina del Fútbol del Interior", cuyo alcance definía el propio nombre: era sólo una oficina. Además las Ligas del Interior ni siquiera participaron en la redacción del proyecto.

Comprobada su inoperancia y ante el fenómeno de un fútbol siempre creciente, en el año 45 la Asociación dio —empujada— otro paso creando un Consejo Permanente del Fútbol del Interior. En su seno las Ligas de Treinta y Tres y Salto formularon esta profecía: "La Junta Dirigente al prestigiar la creación de ese Consejo Permanente, no tiene otra finalidad que la de desprenderse de la tarea material de atender los asuntos del Interior pasándolos a dicho cuerpo y de ninguna manera colaborar con ese organismo para el mejor desarrollo, perfeccionamiento técnico y afianzamiento económico del mismo, lo que redundaría en beneficio del fútbol del Interior". Al año siguiente renunciaron sus integrantes "en razón de carecer de una mediana autonomía que le permitiera dirigirlo y protegerlo": fue la actitud que precipitó la fundación de OFI en julio de 1946, con asistencia de los dieciocho departamentos y las Ligas de Nueva Helvecia, Las Piedras, Nueva Palmira, Sarandí del Yi, Juan Lacaze y Paso de los Toros. Desde allí la figura del doctor José Chaves Miranda, entonces delegado por Treinta y Tres, sería inseparable de la imagen de OFI hasta que en 1968 las Confederaciones derribarían todo el tenaz esfuerzo en procura de la unificación del fútbol del Interior, disgustadas porque perdían terreno, y adoptarían una conducción distinta.

Inicialmente OFI no se proponía permanecer indefinidamente sino integrarse a la Asociación dentro de la rama amateur, lo que representaba una reorganización de la AUF que reclamó siempre.

Eso producía en la organización del fútbol de tierra adentro un enfrentamiento silencioso pero permanente con las Confederaciones llamadas, si no a desaparecer, por lo menos a desempeñar una tarea deportiva regional. Actualmente la nueva orientación representa su regreso triunfal a los primeros planos de la dirección política. Pero eso apunta a trastrocar la filosofía inicial, aquella que iba a la integración de OFI en la rama amateur de una asociación entonces sí uruguaya, dado que se abre la posibilidad de que las propias Confederaciones estén directamente representadas en su Consejo Ejecutivo, además de los miembros elegidos de común acuerdo, lo que llevará a su consolidación como organismo independiente.

Ya en 1949 el Consejo Ejecutivo había presentado renuncia "por el insuperable obstáculo no sólo de la inercia de la mayoría de las ligas en el cumplimiento de sus escasas obligaciones, sino también, lo que es peor, por el desconocimiento, en los hechos, de la autoridad y atribuciones del órgano que integrábamos", renuncia que fue rechazada.

La autonomía del fútbol del Interior —decidida por la Junta en julio de 1951— constituyó el primer gran éxito político de OFI. Hasta entonces, por ejemplo, si alguien protestaba un gol en una cancha de Sarandí Grande, venía la consulta a Montevideo para resolver si era o no era válido.

Eso forzó paulatinamente —aunque siempre con la sombra de las Confederaciones— a que el organismo se fortaleciera. El mismo año 51 organizó el primer campeonato de fútbol del Interior, ganado por Durazno. Tres años después OFI llegaría a su punto más alto con la organización de un Campeonato Sudamericano del fútbol de tierra adentro, participando Paraguay, Argentina y Chile, suceso que se repitió al año siguiente en Bahía Blanca pero no prosperó porque las programaciones de las Confederaciones se establecieron en fechas coincidentes.

Junto a Chaves Miranda, Andrade Ambrosoni, Irazábal Leirana, Fernández Arbenoiz, Cía, Roig Etcheverry, Aparicio Maurente, Cuadri, Mogni, Hernández Vanni y otros, han figurado en las más importantes realizaciones de OFI, representando la política ahora derrotada.

Esta lucha entre el organismo colectivo y los regionales define las características del fútbol del Interior: un fervor parejo para marcar un gol y para defender al pago.

En lo deportivo este sector carece de lo que podríamos llamar "clase media" de jugadores. No bien apunta un jovencito alentador lo succionan los clubes profesionales, beneficiados por un régimen de pases que les deja las manos libres. En la otra punta hay un número importante de ex-jugadores profesionales que estiran su vida deportiva en canchas del Interior.

El problema del sistema para las transferencias figura desde años atrás en primera línea en todo conflicto entre OFI y la AUF. Pero en este momento se incuba otro: en julio, en San José, miembros de OFI han hablado oficiosamente de respaldar su demanda de ejercer la representación del fútbol uruguayo en las Olimpíadas con el poder político que les dan los numerosos representantes del Interior en funciones ejecutivas o legislativas.

Desde el punto de vista institucional el fútbol del Interior padece el mismo problema que el de Montevideo: hay una superabundancia de clubes a todos los niveles.

EL MUNDO DEL FUTBOLISTA

El futbolista es un hijo de la cultura de la pobreza y jamás deja de pertenecer a ella, sólo trueca las formas en un esfuerzo de adaptación para enfrentar al mundo que descubre cuando aparece por el túnel y lo ensordece el frenesí de los aplausos.

Llegados acá nos detenemos ante una cruz de caminos. El fútbol nuestro está lleno de innumerables senderos intransitados que esperan impacientes ser hollados para definir los perfiles de la cultura del fútbol que se vive en el país. En el trance de elegir nos internamos en el mundo del futbolista, un ser desconocido en medio del atronador griterío que repite su nombre y la proliferación de su perfil en diarios y televisores.

Aquellos rasgos de la pobreza, el trabajo infantil, un bajo nivel de educación, la constante lucha por la vida donde alternan períodos de trabajo con desocupación, la ausencia de ahorros, la violencia para zanjar diferencias, todo aquel mundo impaciente, fuerte, creador, espontáneo, forma el caldo de cultivo donde se fraguan los futbolistas. "De ninguna casa de rico salió nunca un crack" gustan afirmar ellos mismos, lo que es rigurosamente cierto.

Encadenado al inmediato pasado proletario, el jugador jamás deja de pertenecer a la cultura de la pobreza. Su postura frente a la vida está decidida mucho antes que aparezca por primera vez en el túnel.

NO SE ACEPTAN RECOMENDACIONES

El mundo del fútbol es particularísimo: para trabajar no valen recomendaciones. Alguien dijo que el fútbol "es la mayor democracia": en la cancha no sirven apellidos ni influencias ni cuentas bancarias. La tradicional tarjeta de presentación uruguaya no circula: hay conciencia de que las cambiantes situaciones del juego sólo las resuelve bien o mal el albedrío de cada uno.

Esto depura de antemano todo el proceso de selección de jugadores.



De estas doce ilusiones sólo una es hoy una realidad: Pedro Rocha, acá puntero izquierdo.

Cada uno habrá de demostrar si sirve o no para el trabajo.

Este rechazo en el fútbol de un procedimiento usado en todos los niveles oficiales del país sirve también para demostrar el grado de contralor que sobre él se ejerce. Porque también en ministerios y entes autónomos habría que demostrar que se sabe trabajar: lo que ocurre es que cada uno de lo recomendadores se siente ajeno a su destino y con derecho por lo tanto a vaciar sobre ellos sus compromisos. Además nadie lo vigila. Nadie se halla identificado con un resultado que todos contribuyen a deteriorar. En el fútbol eso no pasa: no hay actividad en el país sobre la que se ejerza más estricto control. Mientras en cargos públicos los mismos hombres giran por decenios de uno a otro, en los clubes jamás se rehabilitan los fracasados. Y si el equipo pierde tres partidos seguidos la indignación de los seguidores puede hacer rodar la cabeza del presidente y toda la directiva; no

hablemos ya del director técnico, preparador físico, cuerpo médico, masajista y plantel de jugadores.

Para Paco Espínola se trata de un fenómeno basado en un sentimiento de admiración, una forma pura de amor que no acepta la estafa. En las primeras décadas del siglo los admirados eran los políticos y allí convergía todo el peso vigilante del hombre camún. Hoy, despeñados en el descrédito popular, componen un sector a quien se observa actuar con la más completa indiferencia. De ahí que estén libres de la actitud vigilante de ese hombre común que ha transferido al futbolista aquel sentimiento confuso de contemplar, con sorpresa y placer a la vez, la actividad de sus elegidos.

NI TIMIDEZ NI INHIBICIONES

Hay dos cosas de las cuales los jugadores de fútbol deben estar desprovistos: timidez e inhibiciones.

La primera prueba surge el día de llegada al vestuario, apenas desprendido del cuadrito de barrio: hay que quitarse la ropa en público. Aun jugadores de primera división no consiguen despojarse por completo del pudor que les obliga a exhibirse desnudos en público, rodeados de cien, doscientas personas, a saber compañeros de equipo, dirigentes —en muchos casos encumbrados personajes de la política, la industria o la banca— periodistas, funcionarios y una cantidad indeterminable de hinchas que varía con la importancia del partido.

Lo curioso es que nadie repara en escenas que en otro sitio serían por lo menos cómicas: todo sucumbe ante la importancia del gol que adquiere una dimensión mayor que la de ser el fin del juego. Es toda una filosofía de comportamiento.

Esto hace que el primer hito en el "status" sea la ropa.



El "status": ropa, muchas valijas, viajes.

EL JUGADOR Y EL CLUB: RELACION FEUDAL

El problema del tipo de relación que une al profesional de fútbol con su club es un tema mundialmente debatido.

También en nuestro medio, en ocasión de la célebre huelga de 1948, el doctor Héctor Hugo Barbagelata decía después de concluir que se estaba frente a un contrato de trabajo; "el club, gracias al derecho al pase, dispone de un «derecho al jugador» de carácter estrictamente feudal".

Hay quien interpreta, como el doctor Héctor Odriozola, que el jugador es un artista y debe estar sometido a un régimen legal especial: "El contrato de trabajo deportivo presenta modalidades que justificarían una legislación especial y aun encarecen la necesidad de la misma. La discontinuidad del trabajo, su realización dominical y nocturna, el sistema de adiestramiento, concentraciones y viajes, el régimen de transferencias, las penalidades aplicables por la propia asociación y por órganos federativos son, entre otros, aspectos peculiares que la ley debe regular de un modo específico." Sin embargo el futbolista carece de la independencia del artista, por cuanto éste puede actuar como su propio empresario. La primera vinculación además no le compromete de por vida, ya que su relación contractual está fijada a término. También el sistema de paga es diferente por cuanto en el fútbol depende en buena proporción del resultado del partido: los premios por puntos ganados figuran en todos los contratos. Además, numerosas instituciones se inclinan a manejar esos premios como incentivo, por lo que los sueldos mensuales son relativamente bajos mientras las retribuciones eventuales pueden llegar a ser enormes. Tal el caso de Nacional desde el año pasado. Por otra parte el jugador está sometido a una disciplina diaria que le impone la concurrencia a determinada hora al sitio de entrenamiento, sujeto a multas, es decir, a descuentos en sus haberes por llegar tarde, a lo que es ajeno el artista.

Mediante un paro de 48 horas al comenzar el Campeonato Uruguayo de 1965 la organización gremial de los jugadores dio un pequeño paso. Consiguió que los futbolistas mayores de 26 años quedaran libres al término de un contrato por tres años si anualmente hubieran recibido un aumento del 20 %. Teóricamente conseguirían su libertad a los 29 años. En los hechos esto tampoco funciona dado que el período de tres años es excesivamente largo en una edad deportiva avanzada como para que el jugador rechace un aumento superior a ese 20 % en alguna de las temporadas. En caso de aceptarlo, ese período se prorroga un año y así sucesivamente.

Este régimen es similar al que rige en Argentina, pero más benigno que el de Francia, por ejemplo, donde recién a los 34 años el jugador queda libre. En nuestro país sólo los longevos —Julio César Abbadie, William Martínez y Alcides Ghiggia— podrían haberse beneficiado con este instituto. De ahí que no haya extrañado que con el famoso Raymond Kopa a la cabeza —líder de la lucha reivindicatoria— en la revuelta de mayo de 1968 en el local sindical de los futbolistas se hubiera enarbolado la bandera de la rebelión. Libertad era también la consigna.

La génesis de la dependencia feudal reside en un acto aparentemente intrascendente: el instante en que el jugador —menor de edad— se "ficha" en la planilla del club ante la Asociación. De ahí queda obligado de por vida. La herejía es aun más notoria cuando debe firmar contrato, ya que no lo puede hacer por sí sólo dada su minoría de edad y debe suscribirlo el padre en su representación.

En una actividad tan interrelacionada como el fútbol profesional mundial, ciertamente que las consecuencias de abrir por un país aislado las puertas a una libertad indiscriminada serían graves. Ávidos mercaderes succionarían la crema futbolística para negociarla a su conveniencia. De ahí parece natural encarar el problema a nivel mundial. Sin embargo esfuerzos en ese sentido han fracasado: en 1966 Kopa lo intentó en Londres sin éxito. Un año antes había fracasado José Sasía, que proyectaba un congreso sudamericano que tampoco pudo llevarse a cabo.

Si los riesgos que se corren al propiciar una medida de este tipo son enormes, también lo sería la relevancia que adquiriría una organización social capaz de decretarla. Tal vez levantar una consigna de libertad de trabajo aun de este tipo hubiera hallado en las primeras décadas del siglo en el Uruguay de entonces una respuesta distinta a la actual.

LOS "REBELDES" CON CAUSA

Cuando no hay acuerdo entre jugador y club éste apela a un instituto —el de la "rebeldía"— que condena al jugador a la inactividad, es decir, al "despido sin despido" desde que lo retiene como propiedad privada. Tal el caso de Jorge Bianchi con el Club Cerro quien a partir de 1960 debió abandonar la práctica activa del fútbol declarado "rebelde". En 1965 se consiguió quebrar parcialmente esta potestad medieval. Hasta entonces la rebeldía podía renovarse año a año sin límite en el tiempo. Actualmente no puede superar las tres temporadas, no los tres años, que es una medida de tiempo distinta. El "proceso" se ventila ante el Tribunal Arbitral común (compuesto por tres miembros designados por la Junta Dirigente) y se ha conseguido que el jugador y el club tengan voz y voto. Aunque siempre se estará sujeto a un tribunal con absoluta mayoría del sector dirigente (la "patronal"), antes del 65 el jugador no tenía representación. Otra de las conquistas —que hoy corre peligro— la constituyó el hecho de que para hacer funcionar la "rebeldía" el club debía estar al día en los pagos. A principios del mes de agosto, calladamente, la Junta Dirigente "interpretó" que los atrasos pueden llegar a los tres meses. Aun con esta deuda encima el jugador no puede negarse a jugar ni a practicar bajo pena de ser declarado "rebelde". Tres meses sin cobrar en muchos casos significan la imposibilidad de tomar un ómnibus. Durante las prácticas de la selección que se preparaba para las Eliminatorias de la Copa del Mundo un jugador de Primera División confesaba que, debido al formidable atraso en los pagos de su club, "vengo a practicar porque fulano me trae en auto; ando con $ 10 en el bolsillo". Se trataba de un jugador seleccionado. Piénsese lo que puede ocurrir con los menos afortunados y todo el sector de Primera División B.

¿Pero cómo es que la Junta Dirigente puede "interpretar" unilateralmente un convenio? La clave está en otra aberración jurídica según la cual los reglamentos de la Asociación sólo pueden ser interpretados por la Junta Dirigente, lo que le otorga facultades omnímodas. A tanto llega el absurdo que en teoría tampoco el Tribunal Arbitral —que examina los casos de inconducta y resuelve los partidos de suspensión— puede interpretarlo aunque lo hace cada vez que lo debe aplicar.

Otro avance de 1965 es el relativo a la posibilidad de que el jugador acreedor cobre en las oficinas de la Asociación deudas mayores a los tres meses. Aunque luego la AUF retendrá los fondos del club deudor en la misma proporción. Pero el problema es que la Asociación tampoco paga en seguida y quien se presenta en enero para reclamar una deuda de octubre recién cuando comienza la actividad oficial —mediados de agosto— podrá hacerla efectiva.

También en el 65 se logró un régimen de seguro para casos de inhabilitación permanente: en tal situación el jugador continuará percibiendo el sueldo que tenía durante ocho años. La "congelación" del ingreso califica al sistema. En esta temporada un jugador de Primera División B, en la primera fecha, sufrió una fractura poco común de fémur: al intentar girar el pie quedó aprisionado en un pozo y sobrevino la lesión.

La fractura le imposibilita trabajar, por lo que debe vivir con un sueldo mínimo. No está demás señalar que los ingresos grandes corresponden a no más de treinta jugadores. En Primera A hay sueldos de 8.000 a 10.000 pesos. Y en la divisional B, de 4.000 a 5.000. A pesar de todo el futbolista profesional del país goza de seguridades que con ser mínimas, precarias, endebles, resultan un paraíso comparadas con otras realidades.

EL SINDICATO DEL FUTBOLISTA

El primer intento de los futbolistas de organizarse para defenderse viene de 1930. Luis Sciuto —el ex "Wing" y hoy "Diego Lucero" para los lectores de "Clarín" de Buenos Aires— actuó en la presidencia de la asamblea realizada en el ex-Stadium Uruguay, en la calle Yacaré.

Ya por entonces la libertad de trabajo encabezaba la lista de reivindicaciones en un régimen todavía oficialmente amateur. Nombres

famosos integraron el comité de huelga: José Leandro Andrade, José Vidal, René "Tito" Borjas, Juan Carlos Labraga, Pelegrín Anselmo, José Pedreira, Luis Scapinachis y otros. A casi cuarenta años del suceso, todo aquello ha quedado sellado por la imborrable ocurrencia del "Ñato" Pedreira, quien después de saludar con los brazos en alto propuso:

—Pido que se agregue al petitorio a presentar a la Asociación, el descanso dominical para todos los futbolistas...

El impacto de la profesionalización borró las viejas inquietudes y recién seis años después se creó la "Agrupación de Jugadores Uruguayos Profesionales", cuyo primer presidente sería José Nasazzi, acompañado de Young, Taboada, Aníbal Ciocca, Porta, Arispe, Borges, Gianelli, etc.

Un largo período de espera para obtener una contestación de la Asociación a sus planteamientos fue incubando el estallido del mes de junio de 1939: los jugadores se negaron a presentarse a jugar y por cuatro semanas se mantuvieron en su posición, conformando el primer caso de huelga de los profesionales del fútbol. Sobre el destino de sus reclamos basta examinar el primero: la "representación en el tribunal en asuntos o litigios entre clubes y jugadores" recién se conseguiría en 1965.

En 1946 tomó forma al parecer definitiva la organización sindical de los jugadores con la fundación de la "Mutual Uruguaya de Futbóleres Profesionales". Hay dos hechos importantes en su consolidación: Uno es el bautismo de fuego que recibió durante la huelga de 1948 que duró cinco meses. Jamás una huelga tuvo tan enorme respaldo popular. Otro es que, al revés de otros medios, la actitud del gran jugador es entre nosotros de apoyo a la organización. De ahí que el cargo clave de presidente haya sido desempeñado sucesivamente por jugadores que están "por encima del bien y del mal", sean tan intocables como representativos.

La elección no es fácil. Por ejemplo en el último período hubo tendencia a que el presidente fuera un jugador de Nacional debido a que tradicionalmente ha sido alguien de Peñarol. Pero no se dio con el hombre indicado y finalmente fue ungido Ladislao Mazurkiewicz.

¿Por qué ese cuidado? El problema es bastante complejo. Por años entre los futbolistas circulaba esta sentencia: "¿Querés ir a jugar a otro país? Arrimate a la Mutual". Parece no faltarles razón: de la directiva de 1964 que presidía José Sasía, sobre doce miembros nueve fueron transferidos al exterior: el propio Sasía, Horacio Troche, Guillermo Escalada, Juan Carlos Leiva, Pedro Cubilla, Víctor Guaglianone, Roberto Matosas y Vladas Doucksas. Luego la presidencia recayó en Alcides Ghiggia, quien estaba en una situación especial: símbolo vivo de la última gran hazaña del fútbol celeste aún en actividad, no era fácil desplazarlo.

Los hombres que dieron vida a la Mutual (un nombre que les ha traído complicaciones fiscales y que puede ser modificado) fueron, entre otros, Enrique Castro, Lorenzo Pino (sostén entre 1950 al 62), Boris Magallanes, Gregorio Bademian, Vito Galeandro y Oscar Chelle. El cargo de asesor jurídico —algo así como la eminencia gris— fue inicialmente desempeñado por el doctor Reyes Rius y hoy lo ocupa con notoria eficacia el doctor Ramón Méndez.

LOS AMIGOS DEL JUGADOR

Aunque rodearse de amigos no asegure la supervivencia deportiva de todos modos tiene importancia: la ampliación del círculo forma parte del "status".

Inicialmente el núcleo integra el escudo que protege el desvalimiento del joven que se asoma a otro mundo. Ya en divisiones inferiores tiene como fin rodearse de personas que apoyen su gestión en la cancha.

Aunque no es difícil saber quién juega bien o quién lo hace decididamente mal, y ahí hay coincidencias bastante generales, existe todo un tercer mundo entre ambas calificaciones donde caben perfectamente los entusiasmos de la barra de amigos. Habrá siempre una excusa para la mala



En el partido todo vale; después, el pacto del silencio.

jugada. Un quite, un esquive o un pase, ni qué decir de un gol, recibirá ditirámbicos adjetivos.

Cada equipo, desde los más modestos a los encumbrados que descreman sus miembros a través de largas, costosas y complicadas depuraciones, presentan cuatro, cinco o seis "jugadores de relleno". Aun formaciones famosas muestran jugadores mediocres. Todo equipo es una mezcla de "superclases", buenos jugadores y discretos jugadores. Es aquí donde funcionan los gritos y palmas de los amigos convenciendo a "quienes no lo ven" que es un pibe "de porvenir".

Ese núcleo es todo un círculo difuso: familiares, vecinos, amigos de la familia, modestos dirigentes o allegados al primer cuadrito de barrio.

El "padrinazgo" honorario que ejercen les da derecho en el caso de la llegada del jugador a primeros planos, a reclamar su "descubrimiento".

—Yo lo llevé.

La afirmación tendrá muchas caras y el mismo tono de sinceridad.

Quemadas las primeras etapas este círculo amistoso, humilde, convocado más que nada por el deseo de empujar hacia arriba a uno de ellos descubre que por medio de su protegido puede acceder al secreto mundo "del fútbol por dentro". Desde entonces esa barra será un manantial de fantásticos rumores sobre ganancias, virtudes personales o posibilidades futbolísticas. Cada período de pases montará el escenario ideal para especulaciones echadas a rodar en el sitio de trabajo o de reunión, particularmente el café de la esquina, que ya lucirá la fotografía dedicada.

—Me dijo que si no le daban dos millones en la mano no jugaba más.

La fidelidad de ese amigo de la primera hora es conmovedora. Cuando llega la consagración también llegan otras amistades y él siente que es apartado o debe apartarse: esperará pacientemente, con secreta alegría, los días de decadencia para recuperar al ídolo.

Al fin de la "vida útil" ninguno de la barra vieja estará de acuerdo en reconocer que "está de vuelta". Entonces será el involuntario aliado de un peregrinaje lastimoso que lo lleva de equipo en equipo, cada vez más abajo en el ordenamiento que de las posibilidades de cada uno establecen las cifras del presupuesto. En la lucha que el jugador emprende por eternizar lo transitorio, esos amigos buscarán contactos aquí y allá para "colocarlo".

Pero el reencuentro definitivo vendrá cuando la gloria sea sólo recortes de diarios viejos o fotografías en tardes de sol, "del sol de los muertos". Con el tiempo aún resta una alabanza que es casi un epitafio:

—No vi ninguno mejor en ese puesto.

UNA MANZANA Y EL CAJON

Asomado a la notoriedad, oídos y leídos los primeros elogios, cambiadas las ropas, avizoradas las nuevas posibilidades que susurran "amigos" recién llegados atraídos por el olor del dinero, se abre la puerta del infierno: es la prueba más dura que debe soportar el aspirante a *crack*. Hay un período inevitable de desconcierto donde el futuro será decidido sobre todo por la influencia de algún jugador del equipo con más años pero que también reúne otra condición indispensable para ser oído: la de auténtico *crack*.

De ahí que grandes equipos se hayan estructurado sobre la base de alguna personalidad, excepcional no sólo en el terreno, sino —tal vez en mayor proporción— fuera de él. Consejeros, conductores, confidentes, el hincha los ha bautizado: "son los caudillos", extraños sacerdotes ca-



El fútbol es coexistencia. También en el entrenamiento todos deben esforzarse al máximo.

paces de esclarecer misterios mentales sin haber terminado muchas veces la escuela.

Si el conductor del plantel y quienes están de acuerdo con él hallan que al recién llegado no sirve de nada "hablarle", éste tiene su suerte sellada. Cientos de jugadores de excelentes condiciones han chocado en los últimos años con ese frente común y han sido excluidos de las formaciones. El traspaso a algún club menor del exterior "para que se haga", suele ser el eufemismo

donde se oculta el verdadero proceso, o un eterno segundo plano desde afuera inexplicable.

Es que el fútbol es coexistencia pura; cada uno necesita de los restantes diez. No se puede admitir la presencia de algún descarriado. Cuando las cosas están bien encaminadas los clubes suelen rechazar jugadores sin razones aparentes: hay que tirar entonces de los antecedentes personales, bucear en las formas de conducta del candidato para llegar a la verdad.

Este tipo de funcionamiento se da mientras el poder de decisión esté en manos de los jugadores.

Se trata de una situación privilegiada a la que el plantel llega montado en una sucesión de triunfos resonantes. Perdida esa condición, lo que inevitablemente sucede, todo vuelve a la normalidad y son los dirigentes quienes decidirán.

Lo cierto es que hay pocos amigos dentro de cada equipo y las situaciones de tirantez son frecuentes. Las acusaciones más corrientes son las de "proxenetismo": se refieren a la distinta cuota de esfuerzo que cada uno pone en la lucha. Y son infaltables las recriminaciones por la diferencia de paga.

Intercambio de nostalgias. La generación olímpica en su cena anual.



Alguna vez dijimos que el fútbol es "una sociedad secreta": nadie hablará de lo que pasa en la cancha, donde toma forma una guerra a veces cruel, donde se cruzan amenazas, insultos, escupitajos, piernas puestas de una manera u otra, manos que agarran, empujan, golpean, sarcasmos sobre la vida familiar, alusiones a defectos físicos, desafíos, recuerdos embarazosos (que a veces llegan al sadismo y que se rastrean minuciosamente en los detalles más íntimos de la vida del contrario para echárselo en cara), zapatos que buscan la cara o la mano de alguien que cayó. Y como aquellos albañiles que después fundaron la masonería, el culto sólo se aprende en la experiencia personal. "No conocerás sino lo que hayas encontrado por tí mismo" parece ser también la regla de oro de la cancha.

El único aspecto donde el futbolista vuelve sobre lo sucedido en un partido es, paradójicamente, para hablar de sus propios compañeros.

El abrirse paso y sobre todo mantenerse en alto en el mundo del fútbol no es tarea fácil: sólo llegan y se mantienen los fuertes de espíritu, dispuestos a empuñar las armas cuando termina el partido.

Hay toda una infundada tendencia a considerar la profesión como la más placentera y redituable. En cuanto a esto las conclusiones podrían ser sorprendentes: una encuesta universitaria realizada en Brasil —otro paraíso del fútbol— demostró que casi el 75 % de los futbolistas profesionales estaban por debajo del mínimo vital. Quizá entre nosotros la situación tampoco sea esencialmente distinta.

La búsqueda de la especialización a través de entrenamientos durante cinco días de la semana (en el sexto se "juega" y y en el séptimo se descansa), crea una obligación deformadoramente



Pelé: el hombre diez años más viejo que sí mismo.

absorbente, monótona, cansadora y potencialmente peligrosa.

De ahí que nadie de quien lo practica considere al fútbol profesional como un "deporte". Por vía de sentirlo en carne propia, los jugadores han resuelto antes que nadie la tremenda contradicción que ocultamos todos al hablar de "deporte" para referirnos a una actividad rentada. Desde que el fin reconocido de todo el aparato es el económico —y por eso la preocupación excluyente de los dirigentes es ésa— obviamente no puede identificarse con una de las ramas de la educación física, parte de la formación integral del ser humano y de su proceso educacional.

Ningún idioma ha reconocido —tampoco que sepamos se ha planteado— este problema de designar con un nombre apropiado la actividad deportiva más trascendente del mundo moderno como es sin duda la profesional. Mientras no se cree esa palabra para identificar una actividad nacionalizada en medio mundo, sugerimos la utilización de una expresión combinada: no son "deportistas" sino "trabajadores del deporte", y su actividad no es "deportiva": realizan un "trabajo deportivo".

El hecho de efectuar un trabajo enajena parte del halo poético que comúnmente se endilga a la actividad. Pero la exigencia aterradora viene detrás: el público exige que semana a semana el jugador recite su argumento sin un solo error y sin ningún desfallecimiento. Esto, que los futbolistas definen como "la única profesión donde se da examen cada siete días", termina con el mito de que practican alegre y simplemente "un juego". Es un trabajo y como en tal hay que rendir. Por otra parte la retribución está en razón directa de la eficiencia: esencialmente rige una forma de pago a destajo que incentiva el ardor combativo y la dedicación al entrenamiento. Pero...

¿QUE PASA CUANDO UNO SE ENTRENA?

Correr tras esa especialización acarrea potencialmente peligros cuyas últimas consecuencias investiga la Organización Mundial de la Salud. En setiembre del año pasado dio a conocer el resultado de un estudio practicado en 824 atletas, donde se comprueba que 808 tenían, por ejemplo, un ritmo cardíaco anormal, más lento que el del hombre medio. "En líneas generales se ha podido comprobar que el índice de mortalidad de los atletas es superior al común de las personas", concluye.

Es que aún rige la sentencia inserta en la "Enciclopedia Británica" de 1950: "Es muy poco lo que se conoce en materia fisiológica sobre los cambios que tienen lugar en el cuerpo durante el entrenamiento físico". Ni siquiera los libros y artículos más modernos sobre métodos de entrenamiento pueden proporcionar mucho material científico acerca de los mejores métodos sobre preparación física. No es difícil descubrir la causa de este desconocimiento: el cuerpo humano es una compleja interrelación de factores somáticos, psíquicos y sociales.

Es decir que el deportista profesional, al esfuerzo que normalmente está sometido en la civilización industrial representado por una tensión nerviosa bajo la forma de amenazas y conflictos reales o imaginarios, conscientes o inconscientes, agrega la penuria de someter su organismo a un estado anormal llamado entrenamiento cuyas consecuencias a nivel celular se desconocen. El famoso médico Han Selye —creador de la teoría del "stress" o tensión vital, con que se designa el estado de esfuerzo excesivo resultante de una acción nociva para el organismo como la fatiga muscular— presume secuelas importantísimas. Después de someter a pruebas de laboratorio a animales, primer paso antes de la investigación humana,



Las caras de los examinadores semanales.

señaló la presencia de efectos tales como el ensanchamiento de la corteza suprarrenal y cambios celulares indicativos de una actividad glandular aumentada; una atrofia general de las glándulas linfáticas con cambios concomitantes en el número de células sanguíneas, particularmente respecto a los eosinófilos y linfocitos; erosiones y úlceras gastrointestinales.

Entre sus conclusiones figura que una persona entrenada puede soportar relativamente un ejercicio para el que ha sido preparada, pero sucumbe más fácilmente que otra normalmente sana a agentes tales como infecciones bacterianas.

Basta plantear el problema para aquilatar su gravedad. Pero sin llegar a esa gran nebulosa científica, sepamos que ni siquiera se puede hacer profilaxis del humilde, perturbador y vulgar desgarramiento, un verdadero azote.

EL PARTIDO QUIMICO

En medio de ese desamparo la máquina no se detiene ante reclamos contra su deshumanización: el fin es conseguir dinero. Entonces se presentan hechos como éste. En el mismo partido de Puerto Sajonia donde un jugador uruguayo se fracturó en 1968 una pierna, actuó en la selección paraguaya Sergio Rojas. Al día siguiente el club a que pertenece demandó a la Liga de Asunción por su inclusión con un fuerte resfrío mediante el suministro de una inyección: cuando terminó el partido fue internado con congestión pulmonar. Es conocido por otro lado aquel informe de la junta médica que examinara a Edson Arantes do Nascimento, "Pelé": su desgaste muscular corresponde a un hombre diez años mayor.

En general el mundo del fútbol profesional acuciado por la perentoria exigencia de ganar se acerca peligrosamente al mundo de los estimulantes.

Por ahí puede rastrearse esa a veces sorprendente disimilitud que aparece en las actuaciones de equipos de club y selecciones nacionales. Mario Américo, célebre masajista de las combinaciones brasileñas, nos decía esto: "En las selecciones no se puede inyectar porque viene gente de todos lados y no se sabe cómo van a reaccionar. En los clubes es distinto".

En nuestro medio su propia pequeñez constituye una bendición: lo pone a salvo de los peligros mayores. Ningún equipo del país como ninguna actividad del país, recibe afuera la resonancia que acompaña manifestaciones de cualquier tipo producidas en otros que pesan más en la arena internacional. El éxito de Pelé por ejemplo es indivisible de dos factores. Uno interno: actúa como integrador racial en un medio donde hasta la propia Confederación Brasileña de Deportes encabezó una campaña de "arianización" del fútbol. Y un segundo, externo: es el mejor producto de exportación de Brasil, un territorio con más del 47 % de la extensión de América del Sur y más de 80.000.000 de habitantes.

No hay en el mundo un fútbol más laureado que el nuestro: sin embargo Peñarol y sus estrellas —tres veces campeón de América y dos del mundo— interesa menos que los grandes equipos de nuestros vecinos argentinos cuya imagen en el exterior se confunde con gigantescas pampas ahítas de ganado y empenachadas de trigo, esplendosa despensa del mundo.

Una larga preparación de seis días...



De ahí que ningún cuadro uruguayo sea requerido para jugar durante el año cada tres días, promedio absurdo de presentaciones del Santos de Pelé, el hombre diez años más viejo que sí mismo. Eso libera en parte de la carga de esfuerzos excesivos a nuestros jugadores. Aunque en la misma medida que se incrementen los presupuestos la necesidad de jugar, jugar y jugar irá inevitablemente creciendo.

Para la segunda rueda del Campeonato Uruguayo de 1968 la Junta Dirigente había acordado poner en funcionamiento el control *antidopping* en el fútbol mayor. Silenciosamente, sin embargo, no se ha vuelto a hablar del asunto. La comisión designada se desintegró por diversas razones y no ha vuelto a constituirse.

Pero los barrotes no ceden a su prisionero ni aun cuando deja de actuar. Sólo habilitados laboral y culturalmente, para pequeños menesteres, para tareas sin calificación, el público, sin embargo, los concibe moviéndose en medio de la opulencia: eso condiciona todo al dramático período que sigue al término de la vida útil como jugador.

Esos escrutadores ojos anónimos ejercen algo así como una persecución despiadada que frecuentemente les inhibe de realizar los modestos trabajos que pueden desempeñar: limpieza, vigilancia, conserjerías. Es cuando el ex-jugador maldice su profesión y como la tierra no lo traga, se sustrae a todo contacto. Paradójicamente quienes están en mejores condiciones de enfrentar el tramo que queda de la vida, un interminable páramo, son los que no han llegado a la condición de *crack*: los jugadores de los clubes "chicos". Por imposición de una paga menor han debido mantener paralelamente otra ocupación y el fútbol rentado ha sido sólo una entrada extra cuyo término no enciende las hogueras del infierno.



...para noventa minutos de trabajo.

BIBLIOGRAFIA

BARBAGELATA, Héctor Hugo: **Revista de Derecho Laboral,** tomo II, Nº 8, Amalio M. Fernández, Montevideo, 1949.

BUYETENDIKJ, F. J.: **Le football. Une étude psychologique,** Ediciones Desclée de Brouwer, París, 1952.

CAGIGAL, José María: **Hombres y deportes,** Taurus, Madrid, 1955.

CAMPIGLIA, N.: **Migración interna en el Uruguay,** Depto. Publicaciones Universidad, Montevideo, 1966.

CARLILE, Forbes: **Natación,** Paidós, Buenos Aires, 1967.

COCCHI, Carlos: **Cuatro cetros del fútbol mundial,** Ediciones Master Fer, Buenos Aires, 1963.

GALEANO, Eduardo: **Su majestad el fútbol,** Arca, Montevideo, 1967.

HUIZINGA, Johan: **Homo ludens,** 1938, traducción al español Emecé, Buenos Aires.

LEWIS, Oscar: **Los hijos de Sánchez,** Joaquín Mortiz, México, 1964.

MAGNANE, Georges: **Sociología del deporte,** ediciones Península, Madrid, 1966.

ODRIOZOLA, Héctor: **Revista de Derecho Laboral,** Nº 77, Amalio M. Fernández, Montevideo, 1965.

OFI: **Un rumbo cierto en la cultura deportiva nacional,** impreso en oficinas de la Organización del Fútbol del Interior, Montevideo, 1956.

SCAPINACHIS, Luis: **Gambeteando frente al gol...,** Barreiro y Ramos, Montevideo, 1964.

SEBRELI, Juan José: **El fútbol,** Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1967.

SOLARI A., CAMPIGLIA N. y WETTSTEIN G.: **Urugüay en cifras,** Depto. de Publicaciones Universidad, Montevideo, 1966.

VOLPICELLI, Luigi: **Industrialismo y deporte,** Paidós, Buenos Aires, 1967.

PLAN DE LA OBRA

(Continuación)

EL COMERCIO Y LOS SERVICIOS DEL ESTADO
José Gil

PARTIDOS POLÍTICOS Y GRUPOS DE PRESIÓN
Antonio Pérez García

LA PRODUCCIÓN
Pablo Fierro Vignoli

LA CRISIS ECONÓMICA
Instituto de Economía

EL LEGADO DE LOS INMIGRANTES
Daniel Vidart y Renzo Pi Hugarte

LOS TRANSPORTES Y EL COMERCIO
Ariel Vidal y Luis Marmouget

LA CLASE DIRIGENTE
Carlos Real de Azúa

LA ECONOMÍA DEL URUGUAY EN EL SIGLO XIX
W. Reyes Abadie y José C. Williman (h).

LOS MEDIOS MASIVOS DE COMUNICACIÓN
Roque Faraone

LA PRADERA
Esteban F. Campal

LAS CORRIENTES RELIGIOSAS
Alberto Methol - Julio de Santa Ana

EL SABER Y LAS CREENCIAS POPULARES
Equipo de antropólogos

ARBOLES Y ARBUSTOS
Atilio Lombardo

LA ENERGÍA, EL TRANSPORTE Y LA VIVIENDA
Juan Pablo Terra

RÍOS Y LAGUNAS
Raúl Praderi y Jorge Vivo

ARTES, JUEGOS Y FIESTAS TRADICIONALES
Equipo de antropólogos

PLANTAS MEDICINALES
Blanca A. de Maffei

HISTORIA DE NUESTRO SUBSUELO
Rodolfo Méndez Alzola

LA ECONOMÍA EN EL URUGUAY EN EL SIGLO XX
W. Reyes Abadie y José Williman (h).

FRONTERA Y LÍMITES
Salvador E. Porta

LA VIDA COTIDIANA Y SU AMBIENTE
Equipo de Antropólogos

POLÍTICA ECONÓMICA Y PLANES DE DESARROLLO
Enrique Iglesias

HACIA UNA GEOGRAFÍA DE LA VIDA
Rodolfo V. Talice

LA CULTURA NACIONAL COMO PROBLEMA
Mario Sambarino

HACIA UNA GEOGRAFÍA REGIONAL
Asociación de Profesores de Geografía

EL PUEBLO URUGUAYO:
PROCESO RACIAL Y CULTURAL
Equipo de antropólogos

PERSPECTIVAS PARA UN PAÍS EN CRISIS
Luis Faroppa

LOS EDITORES PODRÁN, SIN PREVIO AVISO, SUSTITUIR CUALQUIERA DE LOS TÍTULOS ANUNCIADOS O ALTERAR EL ORDEN DE SU APARICIÓN

EL MARTES DE LA SEMANA PROXIMA APARECE EL VOLUMEN:

PECES DEL URUGUAY

RAUL VAZ - FERREIRA

PLAN DE LA OBRA